JOSÉ ECHEGARAY

EL ESTIGMA

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

SEPTIMA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÀS

N.º de la procedencia

EL ESTIGMA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ESTIGMA

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 15 de Noviembre de 1895

SEPTIMA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EUGENIA	Srta. Guerrero.
FERNANDA	Valdivia.
DOÑA ROSARIO	Sra. Domínguez.
ROBERTO	Sr. Díaz de Mendoza.
MAURICIO	García Ortega.
DON JENARO	Donato Jiménez.
DON JUAN	Cirera.
DON LEANDRO	Carsí.
DON MARCOS	Mendiguchía.
GREGORIO (criado)	Robles.
NICOLÁS (ídem)	Torneb.

Escena contemporánea

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante. En el fondo una puerta, por la cual se ven las antesalas. A la derecha, otra puerta, que comunica con las habitaciones de don Jenaro. A la izquierda, otra tercera que da entrada á las de Roberto. Mesas de lujo, candelabros, sofás, etc., etc. Es ya de noche, pero no hay más que dos ó tres luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

GREGORIO y NICOLÁS. Son dos criados. Nicolás tendido en un sofá, medio dormido. Gregorio buscando por las mesas

GREG. ¡No se encuentra nada! Me dijo el señorito que guardase los libros que estaban sobre la mesa... y no hay tales libros... ó yo no los veo.

NIC. Mal andas de la vista.

GREG. Si es que tienes el salón á obscuras. Podías haber dado luz á los candelabros.

NIC. ¿Y para qué? Hoy *recibimos de confianza.* Vendrá poca gente, los que hacen compañía á doña Mercedes y á don Jenaro.

GREG. Y además los amigos de don Roberto. ¡Apenas si tiene amigos! (Enumerando.) Los del Club, los diputados, senadores y hombres públicos; los del foro; las señoras que con pretexto de acompañar á doña Mercedes vienen á pedir recomendaciones á mi amo ó á pedir billetes de tribuna diplomática...

722910

¡Buenas diplomáticas están ellas! Y vendrá don Juan y su hija Eugenia. ¡Vamos, hombre, que por la señorita Eugenia ya debías iluminar la casa! ¡Iluminación general!

NIC. ¡Qué matraca! Por allá dentro ya está todo bien iluminado. Pero este es, como el que dice, un salón de paso. Y como es de paso, puede pasar con la luz que hay. ¡Ahí tienes!

GREG. (Que ha seguido buscando por las mesas.) ¡No tengo nada, porque no encuentro nada!

NIC. Pero, ¿qué buscas, que pareces propiamente un perro perdiguero? (Incorporándose algo.)

GREG. ¡Todo, todo lo de mi amo! Don Roberto me dijo, dice: «Todo.» Pues *todo*.

NIC. ¿Pero es que os mudáis? (Con tono de burla.)

GREG. ¡Quién sabe! ¡Hay novedades! ¿No sabes nada? ¿No sabe nada don Jenaro? ¡Eso sí que no lo creo!

NIC. ¿Qué tonterías son esas? ¡Siempre andas con misterios!

GREG. ¡Misterios!... Puede ser. Pero no te hagas de nuevas, viejo marrajo. Cosas de don Roberto, de seguro las sabe don Jenaro, y sabiéndolas don Jenaro, las sabes tú.

NIC. Pues don Jenaro. . nada. Y yo... nada.

GREG. ¡Si no es posible! ¡Si se quieren como si fuesen de la misma sangre! ¡Don Jenaro como padre y don Roberto como hijo! ¿Estamos? Pues por eso viven juntos, por lo mucho que se estiman. Don Jenaro y su hermana Mercedes, de esa parte. (Señalando las habitaciones de la derecha.) Y de esta otra parte, (Señalando las de la izquierda.) nosotros: mi amo don Roberto y yo. Y este salón, salón de paso para las dos familias. ¡Conque más intimidad!... ¡Y había de estar á oscuras don Jenaro!...

NIC. Pues estamos á oscuras. Conque acaba de una vez. ¿Qué sucede?

GREG. (En voz baja y recatándose.) Sucede... sucede... que nos vamos...

NIC. ¿Os vais?

GREG. Sí, eso mismo. Se va el señorito Roberto y yo... con él.

NIC. ¿Pero cuándo? ¿Adónde? ¿Por qué?

GREG. ¡Mira tú, todo eso quisiera yo saberlo!

¿Cuándo? Mañana temprano; esto sí lo sé. ¿A dónde? Ni lo sé yo, ni lo sabe mi amo.—«Nos vamos—me dijo;—prepáralo todo.»—«¿Y á dónde?»—dije yo.—«No sé; á cualquier parte; en el primer tren que salga.»—Y parecía como si hablase en sueños. Y yo:—«¿Por mucho tiempo? Lo pregunto para ver qué ropa pongo.»—No lo preguntaba por eso; lo preguntaba por saberlo Pero á los amos nunca se les dice la verdad.

NIC. ¡Nunca! (Con profunda convicción.)

GREG. ¡Pues eso es!

NIC. ¿Y él, qué contestó? (Ya interesado.)

GREG. Contestó con voz muy bronca: «¡Para siempre!» (Se quedan mirándose.)

NIC. ¿Se ha vuelto loco?

GREG. Eso creo.

NIC. Pues era muy cuerdo.

GREG. Mucho, y muy bueno, y muy aplomado, y muy considerado; y muy generoso: siempre pagaba las cuentas sin mirarlas. ¡Así se porta un caballero!

NIC. ¡Así!

GREG. Pero, qué quieres, ¡cosas del mundo! Yo tenía una *saboneta* más fija que el sol; pues le dieron un golpe, y desde entonces marcha á trompicones. No hay hora en que marque la hora; cuando no adelanta cuatro, atrasa cinco, de esta *conformidad* digo yo que está el amo.

NIC. Le habrán dado algún golpe.

GREG. Me figuro que sí, y que ha sido alguna mujer. A mi *saboneta* le dió el golpe la doncella de doña Mercedes. Pues al señorito Roberto le habrá dado algún porrazo gordo cualquier doncellita. ¡No hay como una doncella para atontar á un hombre!

NIC. Con todo eso, digo que no es posible. ¡Si tiene que pronunciar mañana un discurso en el Congreso! ¡Pues poco hablan los periódicos de tal discurso! ¡Si dirá blanco, si dirá negro! ¡Y todo el día no nos dejan pidiendo papeletas para oirle. ¡Que no puede ser! Yo he oído á los amigos del señorito que cuando se tiene un discurso en el cuerpo, hay

que soltarlo. ¿Y cómo se ha de marchar sin soltar el discurso?

GREG. Pues los baules ya están hechos.

NIC. Entonces es lo que dices: perdió el juicio.

GREG. Lo que yo digo es que algo le pasa. Anoche no pegó los ojos. Paseo arriba, paseo abajo; á veces hablaba alto y daba unos puñetazos...

NIC. ¿Hablaba alto y daba puñetazos?... Entonces es el discurso.

GREG. Y los dos vasos de agua que le dejé se los había bebido.

NIC. ¿Lo quieres más claro? ¡El discurso!

GREG. A eso de las tres me acerqué á la puerta y decía no sé qué de una infamia.

NIC. ¿Qué duda tiene? Cuando se habla en público y se habla gordo, hay que decir esas cosas.

GREG. No va por ahí. Atiende. Entré á las ocho, y la cama como la dejé: ¡no se había acostado! La luz, consumida: estuvo ardiendo toda la noche. El, sentado junto á la mesa con la cabeza entre las manos, así... (Indicando la posición.) Y á su lado un puro hecho ceniza. Al oirme entrar se levantó de golpe y me miró como espantado.—«¿Qué hora?»—Las ocho, señorito.—«¿Qué quieres?»—Venía á ver si necesitaba algo el señorito.—«Nada.»—¡Estaba pálido como un muerto! Pues oye: por lo visto había dado un puñetazo sobre el cigarro, y como luego se llevó las manos á la cabeza, tenía la frente llena de ceniza. Y se lo dije: «El señorito tiene una mancha en la frente.»—¿No hubieras tú hecho lo mismo? ¡Señor, qué cara puso! Me cogió por el brazo y me gritó:—«¡Qué dices, imbécil!»—¡El, que es siempre tan bueno y tan dulce! temblando se lo expliqué, y el va al espejo y se mira y rompe á reir. ¡Qué modo de reir! Conque yo eché á correr, diciendo:—«Vuelvo.»

NIC. ¡Hombre!... ¡hombre!... ¡hombre!... ¡hay que contar todo eso á don Jenaro!... ¡Yo se lo cuento!

GREG. ¡Sí, cuéntaselo! Ahí le tienes. ¡Anda!... ¡Anda!... ¡Buena ocasión!

ESCENA II

NICOLÁS y GREGORIO, DON JENARO, que viene de la derecha con un paquete de cartas

JEN. ¿No ha venido el señorito?

GREG. No, señor. Salió esta mañana á las nueve y no ha vuelto en todo el día.

JEN. ¡Eso es; y todos me piden papeletas, y yo no sé que contestar! ¡Tome usted todas esas cartas, son para el señorito! (Le da un paquete á Gregorio.)

GREG. (A Nicolás.) (¡Anda, cuéntaselo!)

NIC. (A Gregorio.) (¡A eso voy!) ¡Don Jenaro!

JEN. Que, ¿decía usted algo? Pero, ¿cómo no ha dado usted luz á esos candelabros? ¡Hombre de Dios, que es muy tarde, y pronto vendrán los amigos! ¡Dé usted luz, dé usted luz!

GREG. Ya voy, señor. (¡Anda tú!) (A Nicolás.)

NIC. Sí, señor; ya va ese. Yo tenía que contarle al señor una cosa más seria, ¡muy seria! Y lo siento, porque le voy á dar un disgusto al señor. Pero cuando hay que dar un disgusto se da.

JEN. ¿Piden más papeletas?

NIC. ¡No es eso! ¡Papeletas!... ¡Me parece que todos se quedarán lo mismo! (Entra Gregorio con los candelabros encendidos, ó da luz á los eléctricos. Han encendido también los de la antesala.)

JEN. ¡Eso me parece á mí! ¡Pero yo tengo la mía segura! Y teniendo para mí, para Eugenia y para su padre, los demás, que entren como puedan ó que se queden dando vueltas alrededor de la Estatua de Cervantes.

NIC. Me parece que el señor se quedará como todos.

JEN. ¿Eh?

NIC. Perdone el señor. Es que don Roberto no echa el discurso.

JEN. Pero, Nicolás, ¿qué está usted diciendo? ¿Se ha vuelto usted loco?

NIC Yo, á Dios gracias, estoy en mi juicio. El

que parece que no está en sus cabales, es el señorito.

JEN. ¡Hombre del diablo, no maree usted con sus tonterías!

NIC. ¡Señor!...

GREG. (Desde la puerta.) ¡Aquí está el señor de Vergara y la señorita Eugenia!

NIC. Cuando pasen, se lo diré todo.

JEN. ¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Entren!... ¡Entren, que ya los esperaba con impaciencia!

ESCENA III

EUGENIA y DON JUAN, por el foro. NICOLÁS, GREGORIO y DON JENARO

JEN. ¡Mi querido don Juan!... ¡Eugenia!...

JUAN ¡Felices, don Jenaro!...

EUG. (Con afán y precipitación.) ¿Tenemos ya las papeletas para mañana?

JEN. ¡Pues no faltaba más!... ¡Ya tienen ustedes sus papeletas!...

EUG. (Apretándole la mano.) ¡Gracias!... ¡gracias!... ¡Es usted muy bueno! ¡Ya te lo decia yo, papá! ¡Don Jenaro no nos olvida, estaba segura, segurísima!

JUAN Mal hecho: nunca se debe tener esa confianza ciega: una excesiva confianza, da muchos disgustos. ¿Verdad, don Jenaro?

JEN. En mí, puede confiar Eugenia.

JUAN ¡Qué criatura, don Jenaro, qué criatura!... (Hablan en voz baja don Jenaro y don Juan. Eugenia recorre el salón, reparando en todo.)

EUG. ¡Pobre mesa! ¡Qué desamparada está! ¡Aquí faltan muchos libros de Roberto!

JEN. ¿Qué dice esta chica?

GREG. ¡La señorita tiene razón!... ¡El señor me mandó recogerlos!...

JUAN ¡En todo repara! (A don Jenaro.)

EUG. ¡Ay!...

JUAN ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

EUG. ¡Que aquí falta aquella fotografía tan bonita!... ¡Aquel grupo... él y nosotros! ¿No se

acuerdan ustedes? El año pasado en San Sebastián!

JEN ¡Sí!... ¡sí me acuerdo!...

EUG. Pues no está...

GREG. El señor me mandó recogerla.

EUG. Por lo visto ha mandado recogerlo todo... ¿Está en casa?

GREG. No, señorita Salió esta mañana temprano, y no ha vuelto.

EUG. ¿No ha vuelto? ¡Pues á él sí que había que recogerlo!

JUAN ¿Podemos saludar á doña Mercedes?... ¿Cómo sigue?

EUG. Es verdad; ¿cómo está?

JEN. Está más fuertecita, más animada. En el gabinete la tienen ustedes.

JUAN Vamos allá. ¿Qué miras? (A Eugenia.)

JEN. Estará observando si falta algo. ¿Chiquilla, vienes á embargarme y estás haciendo el inventario de la casa?

EUG. (Mirando á todas partes.) No sé... no sé... Noto algo... Vamos á ver á doña Mercedes... (Con resolución repentina, marcando siempre su carácter nervioso y espontáneo.)

JEN. ¡Vamos todos! ¡Pasen ustedes!

EUG. ¡Ay! (Deteniéndose y escuchando.)

JUAN ¿Qué ocurre? ¡Con tus exclamaciones repentinas, me das cada susto!...

EUG. ¡Nada! ¡Que de pronto ha parado un coche! Debe ser Roberto que vendrá á *recogerse*. Vamos á ver á doña Mercedes.

JUAN Esta criatura es un manojito de nervios.

GREG. (A Nicolás.) (¡Bueno se pondrá el manojito de nervios cuando sepa lo que ocurre!)

JEN. Venga usted, Nicolás.

NIC. Sí, señor.

JEN. ¡Pasen!... ¡pasen!... (A don Juan y á Eugenia.) ¡Tiene usted que acabar de explicarme!... (A Nicolás.)

NIC. Sí, señor.

EUG. ¡No sé por qué, pero no me siento bien!

ESCENA IV

GREGORIO: á poco ROBERTO

GREG. Ahora Nicolás se lo cuenta á don Jenaro. Y don Jenaro se alarma y se lo cuenta á la señorita Eugenia. Y á la señorita Eugenia le da algo... y ya tenemos en casa á don Roberto.

ROB. ¡Cuánta luz! (Reparando en las luces.)

GREG. ¿Le molestan al señorito?

ROB. ¿Tú qué sabes? ¿Empezó á venir gente?

GREG. Allá dentro está don Juan y la señorita Eugenia.

ROB. ¡Ah!... ¡Eugenia!... (Da media vuelta y se dirige hacia la puerta como para marcharse.)

GREG. ¿Se va el señorito otra vez?

ROB. Quien se va en seguida eres tú. (Volviendo rápidamente. Sus movimienlos son violentos y rápidos á la vez.)

GREG. Sí. señor. (¡Le sigue, le sigue la ventolera!) Han traído todas esas cartas.

ROB. ¡Déjalas ahí! (Las deja Gregorio sobre una de las mesas que habrá en primer término.)

GREG. Sí, señor. (Sale por la izquierda, mirando con curiosidad y recelo á Roberto.)

ESCENA V

ROBERTO, solo. Luego DON JENARO, por la derecha

ROB. ¡No quisiera verla! ¡Sí; la veré: será la última vez!... ¡Mañana, lejos y en franquía! ¡Oyendo los consejos crueles y estúpidos de la conciencia y ahogando los desesperados gritos del corazón! ¡El corazón, que sufra, que se retuerza, que estalle si no puede más! ¡Le tocó en suerte un hombre honrado, y tiene que resignarse! ¡Hubiérale tocado un tunante, y estaría á sus anchas y sería feliz! (Se pasea agitado.) ¡Mañana, solo, solo conmigo

mismo! ¡Así tendré más tiempo para averiguar lo que soy! ¿Un hombre honrado, víctima del deber, ó un vanidoso imbécil, que se desgarra la piel á latigazos, para tener el gusto de mirarse al espejo el cuerpo ensangrentado, proclamándose *mártir* con estrafalario orgullo? ¡Soy un mártir! ¡Se comprenden los mártires con sayal de estameña y cilicio! ¡Pero un mártir de levita y sombrero de copa, es un ser ridículo!... (Mirándose al espejo.) ¡Ea!... ¡Mártir sublime, á ponerte el frac, el plastón almidonado, y la corbata blanca, que viene gente!... (Se dirige á su cuarto.)

JEN. ¡No te vayas, Roberto!

ROB. ¡Ah!... ¿Es usted? ¡Buenos días!... (Deteniéndose: deja el sombrero sobre una mesa.) ¡No: buenas noches, no sé en qué hora vivo!... ¿Desea usted algo?

JEN. Hacerte una pregunta.

ROB. Venga la pregunta.

JEN. (Con emoción.) Lo que me ha dicho Nicolás, es una tontería, ¿no es verdad?

ROB. Si él la dijo, tontería será.

JEN. Lo es, y mayúscula. Pero, ¿cuál es el propietario? ¿Tú ó él? ¿Quién es el insensato? ¿El, ó tú?

ROB. Cuando me diga usted de qué se trata, sabré quién es el insensato. Aunque de antemano puedo asegurarle que los dos lo somos. Cada uno en su clase. Yo, insensato en clase de amo; él, insensato en clase de criado. Aún hay clases.

JEN. Basta de preámbulos. ¿Es cierto que te marchas mañana de Madrid?

ROB. ¡Ah! ¿Ya se lo contaron á usted? Pues bien: ciertísimo. (Don Jenaro, conmovido, y preguntando con duda y timidez.)

JEN. ¿Y á qué hora vuelves?

ROB. ¿A qué hora? Qué sé yo la hora que sonará en el reloj del tiempo cuando yo vuelva.

JEN. (Como antes) ¿Es que no vuelves en todo el día? Pero, hijo, ¿y el discurso? ¿Ese discurso que todo el mundo espera como revelación de una nueva política y dogma de un nuevo partido?

ROB. El discurso se queda sin pronunciar; muere en flor.

JEN. ¡Pero, Roberto, hijo mío!...

ROB. «Que haya un cadáver más ..» digo: «que haya un discurso menos, qué le importa al mundo...» Ni en verso lo sé decir: ¡seré yo prosaico! Pero no se asuste usted; discursos no faltarán; de esta fruta siempre hay buena cosecha.

JEN. Vamos, que no te quiero comprender. ¿Es que lo abandonas todo?

ROB. Todo, no; puesto que no me abandono á mí mismo, no lo abandono todo. Voy en compañía de mi propia persona y de mi soberana voluntad.

JEN. (Conmovidísimo.) ¿Y es para siempre?

ROB. Usted lo ha dicho.

JEN. ¡Ay, Dios mío! ¿Pero por qué haces eso?

ROB. (Dejando el tono irónico.) Porque no quiero cometer una infamia y sufrir un desengaño. Oigala usted: estoy enamorado como un loco de Eugenia; como los condenados deben estar enamorados del cielo. Ella me quiere, ó porque le deslumbra la aureola que hoy me rodea, ó porque me quiere de veras. Y si continúo á su lado, viéndola, adorándola, deseándola... concluiríamos por casarnos. Ahí tiene usted la infamia, la traición y acaso el desengaño; el horrible desengaño para ella y para mí.

JEN. Hombre, ¿por qué?

ROB. Me asombra la pregunta.

JEN. ¿No es ella libre? ¿No lo eres tú? ¿No es pura como un ángel? ¿No eres honrado como ninguno? ¿No es ella rica? ¿No tienes tú una posición brillante y altísima, sin contar un bufete de primera? ¿Os separa algo? ¿No os atrae el amor? Pues el casamiento, ni es infamia, ni es traición, sino felicidad. Y además, hasta un deber. ¡Hola, hola! ¡El hombre tiene el deber de ser feliz, cuando puede serlo honradamente!

ROB. Es que honradamente yo no puedo serlo.

JEN. ¿Por qué?

ROB. Usted conoce mi vida, toda mi vida: ¿y us-

ted me lo pregunta? O le ciega á usted el cariño, ó ha perdido usted el sentido moral.

JEN. Tú has sido siempre muy bueno, muy bueno, casi un santo; casi un mártir; un mártir, sin el *casi*.

ROB. ¡Mártir! Pues déjeme usted seguir representando mi papel, á ver si lo represento bien hasta el fin. A veces un drama va marchando perfectamente hasta que llega el último acto, la última escena, y en la última escena se hunde. Déjeme usted acabar con lucimiento el drama de mi martirio. ¡Don Jenaro, estoy en la escena final! No me quite usted aliento para el último arranque.

JEN. Esa ironía me hace daño, mucho daño.

ROB. No es ironía, es la verdad. Es que no soy un señor perfecto. Cumplo mi deber, pero de mala gana, protestando, desesperado, maldiciendo la pureza de mi conciencia tiránica, insultando mis escrúpulos, llamándome con todos los gritos roncos de mi garganta: ¡estúpido, imbécil, quijote!

JEN. ¡Qué afán de calumniarte!

ROB. ¿Calumniarme? ¡No! Si obedeciese á mis instintos, buscaría á Eugenia, la estrecharía en mis brazos, la llevaría al altar, y en siendo ya mi esposa, me volvería de cara al mundo, gritando con regocijo feroz: «¡Ya es mía! ¡Ahora mancha, escupe, húndenos á los dos juntos! ¿Me dió la vida su mayor placer? Pues ahora venga su mayor dolor, que cuando cobro, cobro: y cuando pago, pago; y no me asusta la gran liquidación final.»

JEN. Esos son delirios; ¡pero qué demonio! Prefiero tus delirios á tus sacrificios.

ROB. No es posible, no debe ser. ¡Y aun si supiese que Eugenia no se arrepentía nunca: que nunca había de despreciarme!... Pero, ¿y si no me quiere como yo la quiero? Y si llega un día en que me diga: «Me engañaste, Roberto.» ¡Y si al decirme eso, al despreciarme ella á mí, tengo yo que despreciarla á ella! ¡No, no quiero poner á prueba el único ideal de mi existencia!

JEN. Hay un medio de salvar tus escrúpulos.

ROB. ¿Cuál?

JEN. Decir la verdad. Contarle tu historia. Pintarle tu sacrificio.

ROB. (Con repugnancia.) ¡Ah! ¡Basta! ¡Buen medio! ¿Pero no ve usted que entonces ya no es sacrificio? ¡Sacrificio que se pregona, es vanidad, miseria, venta egoista de la pureza del deber por el apetito del aplauso!

JEN. ¡Roberto!

ROB. ¡Bonita idea! «¡Mírenme ustedes, que voy á trompetear las grandezas de mi ser! ¡Atención! ¡Yo soy un alma nobilísima! Yo hice esto y esto; yo sufrí tanto y tanto, y ahora tengo el gusto en lucir mis sublimidades!» ¡No, eso no! ¡Tendría asco de mí mismo! Se hace lo que se hace, porque debe hacerse. ¡Imperios de la voluntad recta, valen más que dulzores regalados del alma!

JEN. Pues á ella sola; á Eugenia sola se lo cuentas todo.

ROB. Hoy á ella, porque me conviene que ella lo sepa, eso es. Mañana á otra persona, si otra nueva conveniencia lo exige. Venta al por menor de una conciencia. ¡Es preferible venderla de una vez! Nada, don Jenaro, soy muy terco.

JEN. Pues yo también. Y no tolero locuras. Y no consiento que así, de golpe, destruyas tu porvenir, tu felicidad y la felicidad de ese angelito con el corazón de un niño destilando mieles.

ROB. ¿Y qué va usted á hacer?

JEN Convencerte.

ROB. No es fácil.

JEN. Pues decírselo á Eugenia. Entendámonos; decirle lo que te propones hacer. De lo demás... yo no vendo secretos que no me pertenecen.

ROB. No le diga usted nada á Eugenia.

JEN. Pues renuncia á tus desatinados propósitos.

ROB. No renuncio.

JEN. Pues yo tampoco.

ROB. Lo exijo.

JEN. El mismo caso hago yo de tus exigencias, que tú de las mías.

ROB. Haga usted lo que quiera.

JEN. Sin tu permiso pensaba hacerlo, con que ahora que lo tengo, figúrate.

ESCENA VI

ROBERTO y DON JENARO; DOÑA ROSARIO y DON LEANDRO por el fondo, precedidos de NICOLÁS

NIC. (Anunciando.) ¡Los señores de Nogales!

JEN. (Adelantándose.) ¡Doña Rosario!... ¡Amigo don Leandro!

ROS. ¿Y Mercedes?

JEN. Mejor está... mejor.

LEAN. Mejor es así.

ROS. (Dándole la mano.) ¡Roberto!... ¡Tanto gusto!...

ROB. ¡Señora!

LEAN. (Dándole también la mano.) ¡Tanto gusto, señor de Pedrosa! ..

ROB. ¡Señor de Nogales!...

JEN. ¿Quieren ustedes pasar? Allí tienen ustedes á Eugenia y á su padre.

ROS. Antes quiero echar un párrafo con Roberto.

LEAN. Echaremos varios párrafos con Roberto, y después saludaremos á doña Mercedes.

ROB. Me tienen ustedes á sus órdenes.

JEN. Como ustedes gusten. Pues entre tanto yo, voy con su permiso...

ROS. Sí, señor.

JEN. Tengo que decir á Eugenia algo muy urgente.

LEAN. Pues lo urgente no admite demora; es *indemorable*... (Se podrá decir *indemorable?* Lo consultaré con don Perfecto.)

JEN. (A Roberto.) ¿Y tú, qué dices?

ROB. Nada, lo que dije antes.

JEN. ¡Bueno... perfectamente! (¡Ya verás! ¡Ya verás tú!) (Vase.)

ESCENA VII

DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO y ROBERTO

ROS. ¿Con que mañana tendremos el gusto de oirle á usted y de admirarle?

LEAN. De oirle y admirarle una vez más.

ROB. Son ustedes muy amables; pero sospecho que no habrá mucho que oir y que aun habrá menos que admirar.

ROS. No sea usted modesto. A usted se le admira siempre.

LEAN. Siempre se le admira á usted. Es usted uno *de nuestros hombres.*

ROS. Es usted uno de nuestros hombres, Roberto.

ROB. Yo soy un buen amigo de todos ustedes.

ROS. ¿Pues y nosotros? Sepa usted que Leandro es uno de sus grandes admiradores. ¡De mí no se diga!... ¡Yo creo que á veces Leandro tiene celos!... (Riendo. Don Leandro se ríe también.)

ROB. (Ríe á su vez.) No hay motivo, don Leandro, no hay motivo.

ROS. Pero Leandro... Leandro... Usted sabe que él nunca falta á la tribuna diplomática del Senado. ¿Verdad que nunca faltas?

LEAN. Nunca. La cosa pública por los altos intereses que representa, y el Senado por la seriedad con que se trata de la cosa pública, absorben de continuo mi atención. Pues mañana, amigo Roberto, por usted, sólo por usted, dejo mi tribuna del Senado, por una tribuna del Congreso.

ROB. ¡Agradecidísimo, señor don Leandro!

ROS. No lo olvide usted, Roberto; somos sus *fieles, sus leales.* Cuado llegue usted al poder es preciso que Leandro le admire á usted, no desde una tribuna de cualquiera de los Cuerpos colegisladores, sino desde los escaños del Senado ó del Congreso.

LEAN. ¡Por Dios, Rosario! Eso es comprometerle á que me haga senador ó diputado. No; mi

amistad es desinteresada. Cuando usted me necesite, me encuentra. ¿En mi casa? Pues en mi casa. ¿En la tribuna? Pues en la tribuna. ¿En un escaño colegislador? Pues en el escaño colegislador. (¿Se podrá decir *escaño colegislador?* Se lo preguntaré á don Perfecto.)

ROB. No tenga usted cuidado. En cuanto yo sea poder, que quiera usted que no quiera, le siento de golpe en el primer escaño que encuentre vacío.

LEAN. ¡Por Dios, yo no merezco!...

ROS. Tú lo tienes merecido hace mucho tiempo. Perdone usted, Roberto, esta franqueza, que pudiéramos llamar...

ROB. Franqueza conyugal.

LEAN. Por Dios, no hablemos de mí. Hablemos de su discurso de mañana. Usted nada me ha dicho, pero yo adivino algo muy hondo; algo muy elevado; algo muy transcendental. Este viejo edificio de la política necesita fuertes pilares. Hay que *apilarar* la vetusta mole. (¿Se podrá decir apilarar?) Pues bien, usted es uno de nuestros grandes pilares.

ROS. Eso es evidente; aun sin entender de esas cosas, se adivina.

ROB. Ustedes me abruman.

LEAN. No; si no es adulación. Yo no adulo nunca á nadie, por nada. Usted conoce la independencia de mi carácter y hasta mi rudeza.

ROS. Somos así, amigo Roberto.

LEAN. Así es que yo nada diré de usted, nada. Nada de su noble carácter, de su inteligencia elevadísima, de su elocuencia maravillosa, de su profundo saber, de su conocimiento del corazón humano, de su exquisito talento, de su hermoso corazón .. (Impaciencia y disgusto en Roberto.)

ROB. Y de mi gallarda apostura, que es lo único que le falta á usted.

ROS. Porque de eso me encargo yo. (Riendo. Todos ríen.)

LEAN. ¡Oh! Y esto no lo decimos por adularle.

ROS. Si usted no nos oyese, otras cosas diríamos.

LEAN. Otras cosas le decíamos ayer á don Perfecto.

ROB. Lo creo. Bueno, pues ahora, á confiarnos al porvenir. Al porvenir mi enaltecimiento y su senaduría.

LEAN. No se hable de eso. (Dándole la mano.) Soy de los fieles.

ROS. Leandro es de los fieles.

ROB. Mi enhorabuena, doña Rosario, si es de los fieles, porque de esos hay pocos. (No puedo más.) (Con disgusto.)

ESCENA VIII

ROBERTO, DOÑA ROSARIO y DON LEANDRO; FERNANDA, muy elegante y entrando con cierto ímpetu: todo el ímpetu compatible con su clase y su sexo

FERN. (Al Criado que espera y está dentro.) No me anuncie usted, no se moleste; ya sé el camino. ¡Mi querida Rosario, cuánto me alegro!...

ROS. ¡Querida Fernanda!

FERN. Mi enhorabuena. Ya sé que han ascendido al chico. Bien te ha servido el ministro. ¡Don Leandro!...

LEAN. Señora...

FERN. ¿Va usted á Viena? Eso se dice. Estos diplomáticos... La familia prospera. Todo el mundo la sirve. A mí, nadie. Como no me sirva Roberto cuando sea poder, estoy perdida. (Dándole la mano.) ¿Tendré otro desengaño?

ROB. ¡Amiga Fernanda, la vida es un puro desengaño!

FERN. No siempre. Usted es de los leales, y yo también. Ya tengo mi papeleta para mañana. Yo no entiendo de política, pero me arrebata la elocuencia. Y ustedes... no quiero regalarle el oído. Pero de seguro que no me gusta su discurso de mañana, como el que pronunció usted hace tres meses defendiendo á aquel pobre diablo. No se me olvida; me hizo usted llorar. ¡Y usted casi lloraba! ¡Dios mío, Rosario, qué hombre éste! ¿A que se ha olvidado usted de mi recomendación? De seguro. Si no, con la influencia

que usted tiene, ya estaba resuelto mi pobre expediente. ¿Qué le importan al Estado ciento veinte ó ciento treinta mil duros? Ni más pobre ni más rico. Y á mí me colocaba los huesos en su sitio.

ROB. Ya están muy bien colocados.

FERN. No lo eche usted á broma. ¿Hizo usted la recomendación?

ROB. La hice en justicia.

FERN. Pues si no me la resuelven ellos, me la resolverá usted, y en justicia, que carga de justicia es.

ROB. Pero yo, ¿cómo?

FERN. No se haga usted el chiquito. Todos dicen que mañana se hace usted el amo de España.

ROB. Realmente... no sé qué decir.

FERN. No se dice nada. Se bajan los ojos con modestia, y yo sigo diciendo: es usted el hombre de moda de las altas esferas; el triunfador, el héroe.

LEAN. ¡Una gran esperanza para la patria!

FERN. ¡Y para todos nosotros!

ROB. Pues ya tengo los ojos inclinados al suelo; pero no sé qué contestar á ustedes. A poco más apelo á la fuga, y no hay discurso, ni poder, ni esperanza, ni nada.

FERN. No sea usted vanidoso: no todos son elogios, ni todos son amigos. Cuándo se tienen las aspiraciones de usted, enemigos no faltan.

ROB. Señora, yo no aspiro á nada.

FERN. ¡No diga usted tonterías! ¡Todo el mundo aspira! ¡Todos aspiramos, y cuando no podemos aspirar otra cosa, aspiramos aire! ¡La humanidad se pasa la vida aspirando! ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... sin aspiraciones, la axfisia...

ROB. Con las aspiraciones del pulmón, no contaba.

FERN. Y con las del corazón, tampoco. Desengáñese usted: usted tiene muchos enemigos, y formidables: los que le disputan el poder probable: los que le disputan la mujer amada: los que le disputan el aplauso recibido. La envidia y la calumnia, le acechan: ¡en guardia, Roberto!

ROB. ¿Por qué dices eso?

FERN. ¿Pero no han leído ustedes el periódico de esta mañana?

ROB. ¿Cuál?

FERN. *La Maza de Fraga.* ¡Un periódico de lucha y de escándalo!

ROB. ¿Y qué dice?

FERN. ¡Horrores!... Es decir, yo no lo he leído; pero don Marcos estaba indignado. En fin, él se lo dirá á usted, porque aquí viene.

ESCENA IX

ROBERTO, DON LEANDRO, DOÑA ROSARIO, FERNANDA y DON MARCOS

CRIADO ¡El señor de Oropesa!...

MARCOS ¡Señoras!... ¡Señores!... ¡Amigo Pedrosa!... (Tendiéndole las dos manos.)

ROB. Siempre á sus órdenes.

MARCOS Y yo á las suyas incondicionalmente, para todo y en todas las circunstancias de la vida. En la próspera como en la adversa fortuna. ¡Soy un amigo de veras!

ROB. ¡Gracias, mil gracias! ¡No sé cómo agradecer! ..

MARCOS ¡Calle usted, hombre! ¡Cuando esta mañana leí ese papelucho asqueroso, buen rato pasé! Mi primer impulso fué buscar al autorcillo, y estamparle el artículo en el rostro. Después, me contuve. Si llega el caso de castigar insolentes, que llegará, créame usted, llegará, Roberto no necesita mi ayuda, pero si la necesita... no digo nada: yo soy siempre el mismo, y todo el mundo sabe quién soy yo. (Le vuelve a dar la mano.)

FERN. (A doña Rosario.) Sí, don Marcos es así: ¡un hombre atroz!

ROS. ¡Un hombre atroz, hija!

MARCOS En todo caso, cuente usted conmigo: yo no retrocedo.

ROS. No: él no retrocede.

ROB. Pero, ¿qué dice ese artículo?

MARCOS Nada; en substancia nada. ¡Reticencias, du-

das, preguntas! ¡Si en rigor no dice nada! ¡Pero es intencionado, muy intencionado! En fin, puede usted leerlo, aquí se lo traigo.

ROB. ¡A ver qué dice! (Mirando á la derecha.) ¡Ah!... (¡Ella viene!) Pero esto hay que leerlo con calma para resolver lo que proceda. Con su permiso de ustedes, voy á leerlo á mi despacho. (¡Eugenia... Eugenia!... ¡Lo sabrá todo!) (Se dirige hacia la izquierda.)

LEAN. Pero no se preocupe usted mucho. Esas indignidades se desprecian.

MARCOS O se castigan.

FERN. No; dice bien don Leandro: se desprecian.

ROB. (Deteniéndose en la puerta con el periódico en la mano.) Dicen ustedes bien: el desprecio... ¡Ah!... ¡Qué consuelo tan grande es despreciar!... (Separándose un poco de la puerta.) Yo he pensado muchas veces, que así como para el niño que va á entrar en la vida, existe el bautismo, el agua santa que limpia del pecado, la sal de sapiencia, que castra en los labios la imbecilidad, debía existir para estas cosas mundanas en que nos revolvemos, otra especie de bautismo de alguna sustancia maravillosa con que nos embadurnasen todo el cuerpo, para que en ciertos momentos brotase de nuestra piel y á nuestro alrededor se extendiese así como un inmenso Océano de desprecio, en cuyo oleaje se anegaran los miserables, los imbéciles y los canallas, sin llegar nosotros á tocarlos. Perdonen ustedes: creí que empezaba mi discurso de mañana. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

FERNANDA, DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO y DON MARCOS. Después EUGENIA

FERN. (A doña Rosario.) ¡Oh!... ¡Qué talento tiene!...

ROS. Mucho, mucho... (Al oído.) (Pero es un poco egoista.)

FERN. Muy frío de corazón.

ROS. Eso no lo sabemos: lo sabrá Eugenia.

FERN. Es verdad. (Hablan en voz baja, y ríen las dos señoras.)

LEAN. Es un hombre de gran mérito: quizás carece de experiencia.

MARCOS Para eso están sus amigos.

LEAN. ¿Quiénes?

MARCOS ¡Todos!... Nosotros por ejemplo. (Siguen hablando y paseando.)

FERN. Pues no es tan segura su boda con Eugenia. Tiene un competidor: un competidor de cuenta.

ROS. Sí, el Vizconde; que es primo segundo ó cosa así de Eugenita. En otro tiempo, estuvo concertada su boda con el Vizconde. Y Mauricio es guapo chico.

EUG. (Entrando de pronto y mirando á todas partes.) ¡No está!

ROS. ¡Eugenia!... ¡Querida Eugenia!...

FERN. ¡Monísima!... (Las dos le salen al encuentro cariñosas y expresivas.)

EUG. ¡Gracias, Rosario!... ¡Gracias, Fernanda!... (Siguen hablando en voz baja.)

LEAN. ¿Usted cree en el equilibrio europeo? Yo no creo en el equilibrio europeo.

MARCOS Ni yo tampoco. Digan lo que quieran, no me convencen.

LEAN. Todo equilibrio acaba fatalmente por una conflagración. Sin embargo, ¿usted cree en una conflagración inmediata? Yo no creo en esa conflagración.

MARCOS ¡Qué he de creer, don Leandro, qué he de creer! Además, hoy el elemento económico se sobrepone al elemento político. Para mí no hay más que el elemento económico.

LEAN. Sin embargo... sin embargo...

MARCOS No le quede á usted duda. (Siguen hablando.)

FERN. (Al oído de Eugenia, que no deja de mirar á todas partes, llorosa y conmovida.) ¡No busques... no busques, que no está!

EUG. No, si no busco nada. Sentía calor allá dentro. ¡El gabinete de doña Mercedes es tan ahogado!... Y vine á respirar un rato.

ROS. ¿Tienes alguna pena, monina? Estás así... como llorosa.

EUG. (Secándose los ojos.) ¡Qué disparate! Ya te lo he dicho: es el calor. Con el calor se me encienden los ojos.

FERN. No necesitan que los enciendan... ¡Pues si siempre parecen dos soles!

EUG. ¡Qué Fernanda!... (Habla distraídamente y siempre demostrando gran inquietud.)

ROS. Roberto está allá, en su despacho.

EUG. ¡Ah!

FERN. ¿Qué tienes?

EUG. Nada. Conque Roberto está... Pues no le he visto hoy.

FERN. Sí; á leer un periódico se fué, y estará pasando un mal rato.

EUG. (Alarmada.) ¿Por qué? ¿Ocurre algo? ¿Qué periódico es ese?

FERN. Un periódico en que dicen pestes de Roberto. Que quién es ese señor de Pedrosa; que dónde está su familia; que cuáles son sus antecedentes..

EUG. ¡Miserables! Vaya, ¡como si no conociese todo el mundo á Roberto!

LEAN. ¡Querida Eugenia!...

MARCOS ¡Eugenita!... (Los dos se acercan á Eugenia y la saludan.) ¿Hablaban ustedes del artículo? Es el primero de una serie, según dicen.

EUG. ¡Señor, qué infamias! Y ahora él... ¡Válgame Dios!

MARCOS Yo le traje el periódico.

EUG. ¡Mal hecho, mal hecho! Le ha dado usted un mal rato, y luego... ¡sabe Dios! Roberto no es muy sufrido, y si se incomoda... ¡pues usted tendrá la culpa!

MARCOS ¿Pero quería usted que ese malvado quedase impune?

EUG. ¿Quién?

MARCOS El autor del artículo.

EUG. Pues le buscaba usted callandito, sin que se enterase Roberto, y le decía cuatro verdades, ó se desahogaba usted con él. Si yo fuese hombre, y fuese amigo de Roberto, y fuese valiente, como usted, eso haría. Lo demás, ¡vaya una gracia! (Todos se echan á reir.)

MARCOS Es usted terrible, Eugenia.

LEAN. Esta niña es heróica.

FERN. No tengas miedo. Roberto tiene muchos amigos; se le formará una guardia de honor.

MARCOS Y hasta una guardia de amazonas. ¿Quiere usted ser la capitana?

EUG. (Riendo.) Ya no se estila eso. Si se estilase, ¿por qué no? ¡Si yo creo que el ser valiente es muy fácil! Por mucho miedo que se tenga, puede ser valiente cualquiera. Se hace uno la cuenta de que ha muerto, y ya no le pueden hacer nada peor. (¡Morir por Roberto, y que él lo supiese y llorase mucho!)

LEAN. ¡Qué chiquilla!

MARCOS Es un encanto. ¡Y qué espontaneidad!

ROS. ¿En qué piensas? ¡Te has quedado embobada!

EUG. En nada. Tengo la cabeza un poco aturdida.

FERN. (En voz baja á doña Rosario.) Está esperando á Roberto.

ROS. Pues te dejamos descansar, y vamos á saludar á doña Mercedes.

FERN. (A don Leandro y á don Marcos.) ¿Vienen ustedes?

LEAN. Sí, señora; con mucho gusto.

FERN. Hasta luego: no estés preocupada. (A Eugenia.)

ROS. Hasta luego: no estés triste.

EUG. ¡Qué aprensión! Si no tengo nada. (Salen las dos señoras.)

LEAN. Yo le digo á usted y se lo he dicho á Roberto: hasta que España no sea una nación de primer orden, no podrá estar en primera línea.

MARCOS Y lo primero es resolver el problema económico. Se lo he dicho á Roberto muchas veces. En el orden financiero, hasta que no tengamos resuelto el problema económico, no tendremos una situación despejada para la Hacienda.

LEAN. Precisamente.

MARCOS No hay más. Estamos conformes.

ESCENA XI

EUGENIA y ROBERTO

EUG. Me parece que viene. ¡No, pues si ese hombre tiene corazón, también le voy á dar yo un buen rato! (Se sienta en el sofá y se vuelve de espaldas, mirando de reojo de cuando en cuando.)

ROB. ¡Eugenia!... ¡Mi Eugenia!... ¡Qué valiente soy cuando está lejos! ¡Qué cobarde cuando está cerca! Para los cobardes la fuga. (Se dirige hacia el fondo y toma el sombrero, pero deteniéndose á veces para mirar á Eugenia.)

EUG. ¡Pues no se va!

ROB. ¡Quién sabe! ¡Quizá no la volveré á ver más! ¡Ea, no soy un niño! ¡Adiós, vida de mi vida! (Va á salir.)

EUG. ¡Roberto!

ROB. ¡Ah!... ¿Estaba usted?... ¡Salía tan distraído!... ¡Dispense usted!... ¡Una junta!... ¡Una ocupación precisa!...

EUG. ¿Tan precisa es, que no puede usted concederme cinco minutos?

ROB. Por conceder... le concedería á usted, no cinco minutos: mi vida entera... Y cien vidas más!

EUG. (Con mimo.) Con una me basta. No: son cinco minutos.

ROB. ¡Mire usted lo que es la prosa de la vida! Yo, que daría por usted mi existencia toda, desde su primer latido á su último aliento... (Conteniéndose y cambiando de tono.) no puedo concederle esos cinco minutos, porque unos señores muy viejos, muy feos y muy antipáticos me esperan. Y la dejo á usted por ellos. ¡Seré torpe, seré ingrato, seré imbécil!... ¡Adiós, Eugenia!

EUG. Un momento, para que yo acabe la letanía. ¡Torpe, ingrato.. y sobre todo *cruel!* (Con acento triste.)

ROB. Eso, no. (Volviendo rápidamente y dejando el sombrero.)

EUG. Eso sí. Me deja usted sola.

ROB. No queda usted sola. Tiene usted familia, amigos, admiradores, adoradores también.

EUG. No recuerdo á ninguno.

ROB. Sin ir más lejos. El vizconde, su primo Mauricio. Digo éste como pudiera decir otros muchos. Y el caso es que no quisiera decir estas cosas. (Irritado consigo mismo.)

EUG. (Riendo.) ¡Mauricio! ¡Qué idea! ¡Y dicen que tiene usted talento! ¡Que tiene usted penetración!

ROB. ¿Verdad que no?

EUG. No, si dice usted eso por mortificarme.

ROB. Perdone usted, Eugenia. Yo no tengo derecho para pedir explicaciones... ni las pido... ni quiero pedirlas. ¡No haga usted caso de mí!...

EUG. Ni usted me pide explicaciones, ni yo las doy, ni aquí se trata del vizconde, sino de usted.

ROB. ¡De mí!

EUG. Sí, señor. Ni entiendo de diplomacias ni de hipocresías. Digo lo que siento, y siento... lo que siento. Si tengo alegría en el alma, por los ojos rebosa. Ni mis palabras son pulidos disfraces, ni sé fingir amistad y cariño para dar de pronto un disgusto de muerte, y cuando digo de una vez «quiero», no hay fuerza humana, así, tan débil como soy, que me tuerza la buena voluntad.

ROB. ¡Eugenia, sé todo eso; pero no la comprendo á usted!

EUG. ¡Otra mentira! ¡Es mucho hombre éste! Unas veces demuestra usted cariño, afecto, amistad; es usted todo un panal de mieles. Pues al día siguiente, sin más ni más, se pone usted triste, huraño, desdeñoso, y hasta descortés; por cada celdilla del panal, echa usted una púa de puerco espín. ¿Y por qué? ¿Por qué razón? ¡Si á usted no se le hace nada malo; si es usted el niño mimado de todos! Vamos, ¿por qué da usted estos cambiazos?

ROB. ¡No sé; está en mí! Pero hoy, ¿cómo me encuentra usted?

EUG. De lo peor posible.

ROB. ¿Por qué?

EUG. ¡Por qué!... Porque... ¿lo digo? (Angustiándose.) ¡Pues lo digo! Porque se va usted.

ROB. Una ocupación indispensable...

EUG. ¡Qué ocupación, ni qué excusa, ni qué mentira! Si lo sé todo, todo. Si me lo ha dicho don Jenaro... Que se va usted para siempre... ¡para siempre!... (Angustiándose mucho y volviendo la cara para ocultar las lágrimas.) *¡Siempre!* ¡Qué palabra tan triste, tan desesperada!

ROB. (Sin poder dominarse.) ¿Y si fuese, «amar á Eugenia para siempre?» ¿Qué sería esta palabra? Dígalo usted sin hipocresía.

EUG. ¡Ah! (Fingiendo bromas.) ¡Según quien la dijese! Todos los trajes no les sientan bien á todos los niños: ni todas las palabras á todos los labios.

ROB. ¿Y si fuese yo quien lo dijese?

EUG. Le estoy á usted entreteniendo y la ocupación era muy precisa.

ROB. No me gustan discreteos, ni coqueterías, por encantadoras que sean. Respóndame usted; quiero saber la *verdad.*

EUG. ¿Para qué quiere usted saberla? ¿Para irse con ella?

ROB. ¡Para saberla! Esta palabra:—«¡Amaré á Eugenia siempre!... ¡siempre!»—¿Cómo le suena á usted?

EUG. ¡Para saberlo bien y no equivocarme, necesito oirla muchas veces! ¡Tengo muy mal oído! ¡Y para que me la pueda usted decir muchas veces, no se marche usted, Roberto! ¡Lloraría mucho!

ROB. ¡Qué dicha... y qué desesperación! ¡Lo que yo quería evitar! ¡Oh!... ¡Qué débil soy!

EUG. ¡Roberto!... ¡No le comprendo á usted!

ROB. ¡Eugenia, la quiero á usted con toda mi alma! ¡Mi alma será grande ó pequeña, sublime ó vulgar, pero tal como es, de usted es! Mi cerebro trabaja mucho, tengo muchos pensamientos; pues todos ellos son como caminos de un laberinto, todos salen al mismo punto, Eugenia. Cada aplauso que resuena á mi paso por el mundo, sólo despierta en mí esta idea. «¿Lo habrá oído Euge-

nia y me querrá más porque me aplauden?» Y cada vez que me muerden y me censuran, me echo á temblar, pensando, ¿me querrá menos Eugenia, por eso que dicen de mí? ¡Ve usted, qué niñada! ¡No, si somos niños desde la cunita de mimbres á la cuna de tierra!

EUG. ¡Siga usted, siga usted, Roberto, diciendo esas cosas!

ROB. ¡Es que no debía decir estas cosas! ¡Es que soy infame y cruel al decirlas! ¡Y por eso es preciso que me separe de usted para siempre!

EUG. ¡Ay, Dios mio! ¡Ahora salimos con eso!

ROB. ¡Es preciso!... ¡Es preciso!...

EUG. Pero el quererse con el alma, no es ser infames. ¡Entonces, yo también soy infame!

ROB. ¡No, usted no!

EUG. ¡Ni usted tampoco! ¿No es usted bueno y honrado?

ROB. Lo soy; tanto como usted.

EUG. (Riendo entre lágrimas.) ¡Pues entonces, no hay dificultad!... ¡digo, no es necesario que usted se marche!

ROB. ¡Es que usted no quiere comprenderme!

EUG. ¡No es fácil!

ROB. (Sin saber que decir, sosteniendo terrible lucha consigo mismo.) ¡Eugenia, si yo la hiciese á usted mi esposa, sería el hombre más feliz y más desesperado de la tierra! ¡Sí, porque siempre al mayor placer, viene á pegarse como ostra envenenada el mayor dolor! ¿Esto, tampoco lo entenderá usted?

EUG. Tampoco.

ROB. Ni yo puedo explicarlo. ¡Soy libre, y no soy libre! Ante Dios, y ante los hombres, por ley divina y humana, puedo hacerla á usted mía, y sin embargo, ¡qué traición tan repugnante! Alguna vez pudiera usted decirme:—«¡Roberto, me has engañado miserablemente!»—¡Y al decirme esto, sería usted tan miserable y tan vulgar, que tendría que ahogarla á usted entre mis brazos!

EUG. ¡Ay, Dios mío, que usted se lo dice todo! Bueno, yo no quiero penetrar en sus secre-

tos. Me basta saber que su alma de usted es noble y pura. ¿No lo es?

ROB. ¡Lo es: tanto, como puede serlo la de un hombre!

EUG. Y además, me quiere usted mucho... ¡cuidado, yo no lo digo! Repito lo que ha dicho usted antes: usted sabrá si lo dijo en broma.

ROB. ¡La quiero á usted tanto, tanto... que ya, hasta de mi lealtad de caballero, y hasta de mi fuerza de voluntad, desconfío! ¡No, Eugenia, esta es la última vez que nos vemos!

EUG. ¿De veras?... ¿De modo que no he conseguido nada?

ROB. ¡Sí, atormentarme, y atormentarse usted!

EUG. ¡Es claro! ¿Qué había de conseguir yo? ¡Supongo tan poco para usted!... ¡Sí, tiene usted razón! ¡Porque yo me aflija más ó menos; porque yo llore un poco ó un mucho, un hombre como usted no ha de cambiar su plan de conducta! ¡También era pretensión la mía! Pero como me lo contó de pronto don Jenaro, y como dijo que se lo iba á contar á todos aquellos... pensé yo: ¡antes de que los demás le rueguen... le rogaré yo! ¡Y vea usted, ha sido inútil!

ROB. ¡Usted no comprende lo que pasa por mí!

EUG. No; nadie comprende nada, ni yo le comprendo á usted, ni usted me comprende á mí... (Se oculta el rostro.)

ROB ¡Eugenia!... (Acercándose á ella con pasión.)

ESCENA XII

EUGENIA y ROBERTO; MAURICIO, que entra al mismo tiempo que le anuncia el CRIADO

CRIADO ¡El señor Vizconde!...

EUG. ¡Ah!... (Separándose de Roberto.)

ROB. (¡A tiempo llega!)

MAUR. (¡Qué oportunidad!) ¡Siempre á sus pies, Eugenita!... ¡Señor de Pedrosa!

ROB. Señor mío...

EUG. Hasta luego, Mauricio.

MAUR. ¿Se va usted porque he venido?

EUG. Precisamente me marchaba cuando usted llegó. Tengo que dar á aquellos señores una mala noticia. Figúrese usted si llevaré prisa... ¡Adiós, Mauricio!... ¡Adiós, Roberto!... (Sale por la derecha.)

ESCENA XIII

ROBERTO y MAURICIO

MAUR. ¿Se han recibido malas noticias en esta casa? Lo digo por lo que acabo de oir á Eugenia, y porque me parece que se marcha llorando.

ROB. No sé, ni he reparado. Pero si viene usted á ver á doña Mercedes y á don Jenaro, por mí no se detenga usted...

MAUR. No: no es para ellos mi visita: es para usted.

ROB. (Con extrañeza.) Mil gracias... En ese caso tenga usted la bondad de sentarse.

MAUR. Mil gracias... Como no es usted todavía ministro, manda sentar.

ROB. No me lo agradezca usted: cuesta tan poco.

MAUR. ¡Repito las gracias! (Pausa.)

ROB. Pues usted dirá.

MAUR. Pensé que quien tendría que decir algo era usted.

ROB. ¿Yo? No, ciertamente.

MAUR. ¿No ha recibido usted una carta mía? Era confidencial y urgente.

ROB. No, señor. Salí esta mañana muy temprano y he vuelto hace media hora. ¿A qué hora la mandó usted?

MAUR. A las nueve, y he esperado la contestación doce horas; todo el día: ¡ya ve usted si soy hombre de calma!

ROB. Dispense usted. Tal vez estará entre estas cartas que acaban de darme. (Toma el paquete que quedó sobre la mesa.)

MAUR. Es posible...

ROB. ¿Será esta? (Enseñando una.)

MAUR. A ver... ¡No; no es esa!

ROB. ¿Usted la conocerá?

MAUR. Ya lo creo.

ROB. ¿Es esta?

MAUR. Justamente.

ROB. ¿Quiere usted que la lea ó prefiere usted decirme de palabra su contenido?

MAUR. Léala usted. Me ahorra usted trabajo de repetirla. Digo, si quiere usted tomarse esa molestia. (En todo lo que dice Mauricio, á través del buen tono, se descubre cierta impertinencia.)

ROB. No es molestia, señor Vizconde, con su permiso... (Mauricio se inclina: Roberto lee la carta: la actitud de Mauricio queda encomendada al actor.)

MAUR. ¿Acabó usted?

ROB. Sí, señor.

MAUR. ¿Qué dice usted?

ROB. Que me sorprende mucho lo que dice esta carta.

MAUR. A mí, no. ¡Qué demonio!... A mí no podría sorprenderme, aunque la hubiese usted leído en voz alta; porque como la he escrito yo... (Se ríe y Roberto también.)

ROB. Pero como yo no la he escrito...

MAUR. Es natural... Pero, en suma, ¿qué dice usted?

ROB. ¿Usted recuerda lo que ha escrito aquí?

MAUR. Me parece recordarlo.

ROB. Lo pregunto, porque la carta parece escrita en un momento de alucinación, de fiebre... me atreveré á decir de extravío.

MAUR. ¡Oh! ¡Atrévase usted!... Usted es hombre que se atreve á todo.

ROB. Pues, sin embargo no me hubiera atrevido á escribir esta carta.

MAUR. ¿Por qué?

ROB. Porque no tenía usted derecho á escribirla, y como no tenía usted derecho á escribirla, resulta casi una impertinencia.

MAUR. ¿Sí? Pues no creía ser impertinente. Pero tiene usted razón; está escrita en un momento de excitación extraordinaria. Acababa de ver á usted dando el brazo á la salida del teatro á Eugenia.

ROB. ¡Es verdad!... ¿Y qué?

MAUR. Que la miraba usted de una manera...

ROB. Como la mira todo el mundo: con el mayor respeto.

MAUR. Sí, con mucho respeto. Pero como el que ama mucho. Como la miro yo.

ROB. ¡Oh!... Dispense usted. Los dos no podemos mirarla del mismo modo.

MAUR. Es verdad... Yo soy antiguo amigo de la casa: pariente casi de los Vergaras: la madre de Eugenia y la mía concertaron nuestras bodas: de suerte que en rigor yo soy su prometido. Y usted no es nada de esto. Usted es un advenizo en el buen sentido de la palabra: advenedizo en casa de don Juan. Aunque se ignora cuál es su familia de usted, puede asegurarse que no tiene usted parentesco con Eugenia. Seguramente está enamorado de ella; pero como esto á nada conduce, no hay para qué tener en cuenta esta circunstancia. De todo lo cual, se deduce que nuestra situación respecto á Eugenia es completamente distinta.

ROB. ¿Y no se deduce más?

MAUR. Se deduce que, como la asiduidad de usted y su galantería mortifican mi amor propio y contrarían todos mis proyectos, y sobre todo, excitan mis celos, porque yo estoy enamorado de Eugenia, deseo que en lo sucesivo cese usted de molestarla.

ROB. No; si no la motesto.

MAUR. Pero me molesta usted á mí.

ROB. Es posible.

MAUR. Es seguro. Y por eso en mi carta le exigía que dejase de frecuentar el trato y la casa de don Juan y de su hija. Y si le fuese á usted posible emprender un pequeño viaje de tres ó cuatro meses, ahora precisamente que principian las vacaciones parlamentarias, tanto mejor. En ese tiempo termino yo mi boda con Eugenia. Y luego vuelve usted para ser ministro, para ser presidente del Consejo, para ser jefe de situación, y salvador del Estado, y regenerador de la patria, y todo lo que usted apetezca. Que casado yo con Eugenia, hasta soy capaz de apoyarle á usted en el Parlamento, pagando de este modo tributo á su talento y á sus altas cualidades. Pero no todo ha de ser para uno:

para usted la patria y la gloria, y gócelas usted con salud muchos años: para mí, Eugenia... (Pausa.) Ya que no ha contestado usted á mi carta, sírvase usted contestar á mi discurso. Usted tiene extraordinario talento para la réplica... (Otra pausa.) Estoy esperando la contestación.

ROB. Si no puede usted imaginar el compromiso en que me pone.

MAUR. Desbarato sus planes de usted.

ROB. Por completo. Ya no puedo... no puedo... materialmente no puedo sin caer en el ridículo, hacer lo que pensaba.

MAUR. Pues lo siento mucho; pero mantengo mi exigencia de caballero á caballero y de hombre á hombre á ser preciso, aunque lo deploraría.

ROB. Pues ahí está; que yo no admito exigencias de nadie, y menos en tono de amenaza, y aun menos en tono impertinente. Y lo deploro, ni más ni menos que usted.

MAUR. ¿Es su última resolución?

ROB. Yo no tengo que dar á usted cuenta de mis resoluciones. Y dispénseme usted... (Levantándose.) pero tengo que dar la última mano al discurso de mañana.

MAUR. (Levantándose, pero sin apresuramiento.) Mire usted que sería una lástima que no pudiera usted pronunciar ese discurso tan hermoso.

ROB. Y no sería menor lástima que no pudiera usted oirlo.

MAUR. También pudiera ser. Pero podemos salir de dudas mañana mismo antes de la hora del discurso.

ROB. Gracias á Dios que puedo complacer á usted en algo.

MAUR. Pues aún tengo que pedirle el último favor...

ROB. Como yo pueda complacerle...

MAUR. Que no salga usted esta noche, hasta que vengan á visitarle dos amigos míos.

ROB. Esperaré gustoso.

MAUR. ¡Mil gracias, señor de Pedrosa!

ROB. No hay de qué, señor Vizconde. (Se dan la mano con mucha cortesía.)

ESCENA XIV

ROBERTO, MAURICIO, FERNANDA y DOÑA ROSARIO, vienen delante, DON LEANDRO, DON MARCOS y DON JUAN, entran formando otro grupo. EUGENIA y DON JENARO, los últimos

FERN. ¡No es posible!

ROS. ¡Qué disparate!

JEN. Ya les amotinamos.

LEAN. ¿Qué desfallecimientos son estos?

MARCOS ¡Renunciar á la vida pública, abandonar á los amigos!

MAUR. ¡Ah! ¡Pero es que usted pensaba... es que usted se anticipó. . amigo Roberto!...

ROB. Pero, ¿qué están ustedes diciendo? ¿Alejarme yo? ¿Abandonar esto? ¡Ni un minuto, ni un segundo! Aquí, á pie firme. Mañana el discurso; después la lucha; después, el poder. ¡Vengan los enemigos! ¿Lo quieren? ¡Pues sea! ¡No! No me marcho, Eugenia; era una broma. ¿Y la creyó? ¡Qué inocente! (Todos ríen y hablan entre sí. A Eugenia.) ¡Aquí, queriéndote, adorándote, disputándote á ese hombre, al mundo entero! ¡Perdiendo por ti la honra y la vida, y abrazado á ti rodando por el abismo!

EUG. ¡Qué malo es usted! ¡Pero, qué alegría tan grande!

ROB. ¡Conque, señores; mañana el discurso y después la lucha á muerte!

MAUR. ¿No sería mejor antes?

ROB. ¡Esa, sí; yo hablaba de otra lucha más tremenda, más mortal, más desesperada!

EUG. (A don Jenaro.) (¡Qué cruel, pero qué bueno!)

ROB. ¡Qué hermosa!... ¡Y yo, qué miserable!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón muy lujoso en casa de don Juan. En el fondo una puerta bastante grande que da al comedor, está cerrada durante todo el acto, hasta la escena final. A un lado y otro de la puerta del comedor, dos puertas menores; por la puerta de la derecha se viene de la calle, por la otra se va al interior de la casa. Al costado de la izquierda, chimenea, puerta, balcón ó cristales de un invernadero ó lo que dé aspecto más elegante á la escena. Al costado de la derecha, otra puerta, que también conduce á las habitaciones interiores. En primer término, mesitas, sofá, butacas, etc., etc. Es de noche; muchas luces.

ESCENA PRIMERA

DON JENARO, que entra por el fondo izquierda, y DON JUAN

JUAN — Hola, don Jenaro.

JEN. — Felices, don Juan.

JUAN — Pues me alegro muchísimo que se anticipe usted á los demás invitados, porque así tendremos tiempo para hablar con todo desahogo. Pero siéntese, siéntese. (Se sientan los dos.) ¡Válgame Dios, don Jenaro!

JEN. — A todos nos valga, y dígame de que se trata.

JUAN — Se trata de que esa chica me tiene loco.

JEN. — ¿Pues qué hizo la pobre?

JUAN — Enamorarse.

JEN. — Cuente, cuente, que la afición á historias de amoríos no se pierde nunca.

JUAN Es que ya pica en historia la de sus amores. Sin rodeos: está loca por Roberto, pero loca. Yo creo que si no la casamos se nos muere.

JEN. (Siempre de broma.) Pues la casamos.

JUAN Sí, casarla.

JEN. (Con recelo y ansiedad.) ¿No le gusta á usted el novio?

JUAN No es eso. La boda me agrada.

JEN. Pues, ¿quién se opone?

JUAN Se opone toda mi familia, y Mauricio, que me da unas jaquecas tremendas.

JEN. Pero usted, don Juan, es el amo de su casa y el padre de su hija.

JUAN ¡Claro está! Y no hago maldito el caso de mis parientes en general, y de mi noble sobrinito en particular. Allá, allá le tiene usted, (Señalando hacia dentro.) apurando á Eugenia con toda su finura. Mauricio es terco como un demonio.

JEN. ¿Pero qué dicen sus nobles parientes?

JUAN ¡Qué sé yo! Que no se sabe quién es Roberto, ni quiénes fueron sus padres, ni de donde viene. Que me estoy comprometiendo y que estoy comprometiendo á Eugenia. Se empeñó la chica en que diéramos esta comida en honor de Roberto y de sus triunfos parlamentarios, y cuando la chica se empeña en una cosa... es como su madre. Bueno, pues cedí. ¡Nunca hubiera cedido! ¡Qué cruzada contra Roberto!

JEN. Pero, ¿por qué? (Impaciente.)

JUAN Repiten, claro está, de buena fe, todos los insultos, todas las calumnias que propalan contra Roberto dos ó tres periodiquillos.

JEN. (Levantándose con indignación.) ¡Son calumnias infames!

JUAN (Le obliga á sentarse.) Ya lo he dicho yo; no se altere. Roberto es un hombre honrado. ¿Que su origen es humilde? ¿Y qué? Yo soy noble porque lo fueron mis padres. Sus hijos lo serán, porque lo es él.

JEN. (Dándole la mano.) Muy bien, don Juan. Es usted un hombre de corazón y un caballero,

JUAN ¡Caballero! Eso sí. ¡Pues no faltaba más! Conque fuesen ciertas la centésima parte de

las paparruchas que inventan contra Roberto, antes de que pusiera los pies en mis salones ya le habría plantado mi portero en la calle. ¡Y corazón!... También lo tengo, y grande. Que lo diga esa muñeca.

JEN. Está bien, está perfectamente; pero, entonces, ¿qué dificultad hay para la boda?

JUAN Que Roberto no dice una palabra. Esta semana no se separa de nosotros, y á la siguiente no le vemos. Vuelve con más furia y huye con más despego. ¿Comprende usted? Y mi Eugenia se vuelve loca. ¡Y eso sí que no lo consiento! Al vado ó á la puente. Que se decida. ¡Que hable, señor! Hablando se entienden las personas. Porque yo no sé qué hacer. Es tan violento decirle á ese hombre: «No vuelva usted más á mi casa.» Es tan ridículo decirle: «¿Se casa usted, ó no?» Vamos, que yo no sirvo para hacer el papel de mamá casamentera ó de futura suegra. ¿Tengo razón, don Jenaro?

JEN. Tiene usted razón, don Juan. A esta situación hay que ponerle término. Hoy mismo hablaré á Roberto, y le hablaré al alma.

JUAN No sabe usted cuánto se lo agradezco.

JEN. ¡Por Dios, don Juan!

JUAN ¿Conque hoy mismo?

JEN. Hoy mismo.

JUAN Ya tenemos aquí á Mauricio. Acabó con Eugenia y empieza conmigo. El es muy fino, sí, señor; pero de plomo; un lingote de Linares educado en París.

ESCENA II

DON JENARO, DON JUAN y MAURICIO

JUAN Mala cara traes. ¿Has reñido con Eugenia?

MAUR. ¡Por Dios! ¡Reñir yo con Eugenia! Es que no quiere oirme. Figúrese cómo estaría un orador á quien el pùblico impusiera silencio; pues así estoy yo. En cuanto empiezo, me

dice Eugenia con su vocecita de ángel: «Mauricio, si no calla usted, me voy á mi cuarto y me encierro.» Conque tuve que dejarla, pidiéndole mil perdones.

JUAN Le dirías cosas desagradables.

MAUR. Desagradables para Roberto.

JUAN ¡Ya!

MAUR. Pero usted podrá juzgar por sí mismo, porque todo lo que no le dije á Eugenia, porque no quiso oirme, se lo voy á decir á usted, si usted se digna atenderme.

JEN. Me voy con Eugenia.

MAUR. Dispense usted, don Jenaro; yo le rogaría á usted que se quedase. A no ser que le cause á usted excesiva molestia oir lo que voy á exponer respetuosamente á don Juan.

JEN. ¿Estoy directamente interesado en ello?

MAUR. Directamente, no; indirectamente, mucho. Voy á recordar algo poco favorable al señor de Pedrosa. El no está aquí para hacerme cara, y puede usted sustituirle con ventaja. Me propongo acusar, luego hace falta un defensor.

JEN. Pues, sí, señor; me quedo.

JUAN ¿De qué se trata?

MAUR. Mi querido don Juan, está usted comprometiéndose, comprometiendo á Eugenia y comprometiendo el buen nombre de toda nuestra familia.

JUAN ¿Por qué?

JEN. ¿Por qué?

MAUR. Porque usted, señor don Juan, hace ó consiente tales cosas, que todo el mundo supone que Eugenia se casa con Roberto; y hasta se afirma que esta comida es para la publicación oficial de la boda entre los amigos íntimos. Ya ve usted si todo esto es desagradable.

JUAN Si tan desagradable es, ¿porqué has venido?

MAUR. Porque usted me dispensó el honor de invitarme.

JUAN Quería que hicieses las paces con Roberto; como tuvísteis aquel disgustillo, y á mí no me agrada que nadie esté mal con nadie... por eso...

MAUR. ¡Ah!... ¡Sí!... Pues se arregló provisionalmente. Supe que Roberto, anticipándose á mis deseos, pensaba salir de Madrid por algún tiempo, y me pareció correcto no insistir en mis exigencias. Exigir á un hombre de corazón como Roberto que haga una cosa que pensaba hacer, es hacerla imposible. ¡Oh!... Yo conozco á los hombres y respeto las prácticas sociales.

JUAN Bueno, bueno. Ya sabemos que eres muy correcto. (Mauricio se inclina.) Pero, ¿qué es lo que tenías que decirme?

MAUR. (Con cierto asombro.) ¿Pues no lo dije? Que usted no conoce los antecedentes de Roberto ni de su familia, y que no conociéndolos, usted se compromete y compromete...

JUAN Sí, sí; ya hemos oído todo eso.

MAUR. Dispense usted; pero como decía usted que no...

JEN. Pero, ¿qué tiene que ver la familia de Roberto, que ya no existe?..

MAUR. Dispense usted, don Jenaro. Han ocurrido en el mundo casos muy raros. Un matrimonio en que el esposo y la esposa son blancos y hasta rubios. Y de pronto les nace un hijo negro como el carbón y con el pelo en virutas. Figúrense ustedes qué sorpresa. Es como si en un tazón de blanquísima leche apareciese de pronto una gota de negrísima tinta. Qué efecto tan cómico y tan desastroso, ¿verdad? Pues todo ello consiste en que en la raza hubo un negrazo como un demonio y la Naturaleza ha tenido el capricho de dar un salto atrás y de plantarse en el centro del negrazo.

JUAN Extravagancias tuyas.

JEN. No comprendo el símil.

MAUR. Lo explicaré. El símil quiere decir que no le haría maldita la gracia á don Juan que uno de sus nietecitos saliese granuja, estafador, asesino ó presidiario, por virtud de un *salto atrás*, en la familia de Roberto. Por eso, por eso conviene conocer los antecedentes de esa familia para evitar la gota de tinta en el tazón de leche.

JEN. Señor Vizconde: la familia de Roberto ha sido humilde, pero honradísima. Yo respondo de ella.

MAUR. El fiador es digno de todo mi respeto.

JEN. ¡Y la historia de Roberto yo la contaré!

MAUR. Y la oiremos con sumo interés. Precisamente es lo que yo deseo: conocer la verdadera historia de don Roberto Pedrosa.

JUAN Cuente, cuente, don Jenaro. (Se sientan todos.)

JEN. Lo que voy á decir es la verdad. (Don Juan y Mauricio se inclinan respetuosamente.) He aquí la historia de Roberto: —Roberto, aunque de familia modesta, casi pobre, recibió una esmeradísima educación. Pero á los veintidós años no tenía padres, ni parientes, ni carrera, ni recursos. Al entrar en la vida, nadie le esperaba más que la miseria con los brazos abiertos. Y hace doce años que solo y sin un céntimo entraba en Madrid por el puente de Toledo.

MAUR. «A la caída de la tarde por la puente toledana.» Eso es interesante; parece una novela de Fernández y González.

JEN. Pues sí, señor; así llegó y se quedó inmóvil, como estatua del puente, contemplando ante sí el Madrid desconocido y temeroso y á sus pies el Manzanares.

MAUR. No es lo mismo que entrar en Tebas por una calle de esfinges de granito.

JEN. No es necesario ir á Tebas para encontrar esfinges.

MAUR. Siga usted. Quedamos en que Roberto en pie y apoyado en el pretil del puente, contemplaba ante sí la coronada villa, y á sus plantas los pintorescos lavaderos del Manzanares

JEN. Sí, señor, sí... Yo he de decir toda la verdad por prosaica, por humilde, por triste que sea. ¿Saben ustedes lo que hizo Roberto, el pobre joven de veintidós años? Había hecho el viaje á pie: ¡Muchos días! Tenía hambre: ¡treinta horas sin comer! Y bajó á esos lavaderos que usted dice, y el pobre mozo consiguió que le tomasen por mozo del lavadero para bajar, y subir, y llevar la ropa. Ahí

tienen ustedes: si esto es deshonra, que lo cuenten los periódicos.

JUAN Eso no se llama *deshonra*, se llama *trabajo*.

MAUR. ¿Deshonra? ¡De ningún modo! ¿Los lavaderos? Toda una institución social Después de la limpieza del alma no hay como la limpieza del cuerpo. El mozo de lavadero es todo un funcionario público, y alguno habrá menos limpio.

JEN. Pues así empezó Roberto. Y siguió trabajando, y siguió subiendo.

MAUR. La cuesta de San Vicente es muy penosa.

JEN. Otras lo son más. ¿A que molestar á ustedes? He empezado la historia de Roberto por el último escalón, por el más bajo...

MAUR. ¿Está usted seguro? ¿Está usted seguro que ese es el escalón más bajo de la historia de Roberto?

JEN. (Algo desconcertado.) Me parece...

JUAN Siga usted. Por lo que usted nos ha dicho, Roberto en nada desmerece á mis ojos. Adelante.

JEN. Y adelante fué. Luchó desesperadamente por entre las últimas capas sociales; pero á los seis meses era tenedor de libros en una casa de comercio y emprendía la carrera de leyes. Diez horas de estudio, otras ocho de trabajo, y en tres años fué licenciado.

MAUR. ¿Licenciado, dice usted?

JEN. Sí, licenciado en Derecho.

MAUR. Justamente... Aquí aparece en la superficie don Roberto Pedrosa, joven sabio, abogado criminalista, elocuentísimo y empeñadísimo en que no se castigue á nadie, merced á no sé qué nuevas teorías. Señor, ¿qué interés tendrán las personas honradas en que no se castigue á los tunantes?

JEN. No es eso; usted todo lo confunde.

MAUR. Tiene usted razón, don Jenaro: no es mi fuerte la disciplina científica.

JEN. Yo tampoco entiendo de estas cosas; pero, en fin, repito lo que dice Roberto. Que la sociedad no es un Dios, que no puede penetrar en las conciencias; que no tiene derecho para poner un estigma en la frente;

que no puede distinguir con claridad divina de justicia, lo que es el crimen, de lo que es fatalidad; que, en suma, la sociedad no tiene más que un deber y un derecho. El *derecho* de defensa inutilizando los esfuerzos de los seres peligrosos; el deber de *corregir* y *regenerar* á esos mismos seres hasta donde sea posible. ¿Pero á qué enfrascarnos en cosas que no entendemos? Roberto ha sido un hombre honrado: Roberto es una altísima inteligencia: Roberto es una alma noble: esto es lo que yo digo.

JUAN Lo dice usted y lo prueba.

JEN. ¿Está usted satisfecho? ¿Completamente satisfecho?

JUAN Completamente. ¿Y tú? (A Mauricio.)

MAUR. Dispénsenme ustedes; siento en el alma perturbar tan exquisita armonía; pero á mí... á mí algo me falta. Conocemos la *historia moderna* de Roberto, brillantísima. Hemos oído á don Jenaro la historia que podríamos llamar de la *edad media* de Roberto: *honrosísima*. Pero, ¿la historia antigua? ¡Ah! La historia antigua es oscurísima.

JEN. (A don Juan.) ¿Pero ve usted?

JUAN ¡Por Dios, Mauricio!

MAUR. Me explicaré, si ustedes me lo permiten. Cuando con tan profunda emoción don Jenaro nos pintaba á Roberto, mísero, hambriento y empolvado peregrino, apoyándose en el granítico pretil de la puente toledana y contemplando los abanderados cañizos y cordeles de los clásicos lavaderos del sediento Manzanares, acudió á mi memoria por caprichoso contraste el célebre monólogo de Lady Macbeth. (Dice esto con cierta afectación de elegancia.)

JEN. No le comprendo á usted.

MAUR Va usted á comprenderme. Decía Lady Macbeth: «Here's the smell of the bloo still, all the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand.» Traducción libre: «Siempre huele á sangre, todos los perfumes de la Arabia no podrían asear esta mano, tan pequeña como es.»

JEN. ¿Y qué?

MAUR. Que acaso Roberto pensase mirando desde el puente las jabonosas charcas del Manzanares .. y perdonen ustedes esta mezcla grotesca del romanticismo clásico con el naturalismo moderno.

JEN. Acabe, usted.

JUAN Acaba, hombre.

MAUR. Acaso pensase que todas las blancas espumas del río no bastarían para asear aquellas manos, que nerviosamente oprimían la piedra del pretil.

JUAN ¡Mauricio!

JEN. ¿Qué quiere usted decir?

MAUR. Yo, por mi cuenta, nada. Repetía lo que pregonaba anoche un periódico completando la historia del gran estadista y del maravilloso orador... ¿No lo ha leído usted? (A don Juan.)

JUAN No.

MAUR. ¿Y usted? (A don Jenaro.)

JEN. Sí.

MAUR. Pues dice esto. Brevemente, para concluir pronto, porque es de los asuntos que deben tratarse rápidamente y manejarse con guantes para arrojarlos después. Don Julián Pedrosa era un señor de sesenta años, cajero de una casa de banca de una de las Islas Baleares, hombre honrado y pundonoroso: historia limpia: su familia, su obligación y su trabajo.

JEN. Es verdad.

MAUR. ¿Ve usted cómo ahora estamos conformes?

JUAN Sigue.

MAUR. Don Julián tenía un hijo: Roberto Pedrosa. Joven vicioso, calavera, pendenciero, jugador...

JEN. ¡Es falso, es falso!

MAUR. No siempre hemos de estar conformes.

JUAN Acaba.

MAUR. El hijo asaltó la caja que habían confiado á la honradez de su padre, y tomó para sus vicios, ó sus deudas, una cantidad de importancia. Se supo: el pobre padre, loco de vergüenza, se levantó la tapa de los sesos: Ro-

berto al fin confesó: sufrió condena, y si liquidó ante los jueces, no liquidó ante los hombres honrados. Estigma de ladrón, y casi de parricida, lleva en la frente. Cuando muera y caiga en su fosa, el dedo de Dios podrá borrarlo; pero como habrá tanta tierra encima, los hombres no sabrán nunca si la piedad divina borró la marca ó si ésta siguió pegada al cuerpo hasta deshacerse con él. Una cosa así viene á decir el periódico.

JUAN ¡Don Jenaro! (Volviéndose á don Jenaro, con notable alarma.)

JEN. Soy un hombre honrado; soy un hombre de creencias religiosas; creo en la santidad del juramento; ¿estamos? Pues bien: como caballero afirmo, y como cristiano *juro*, que esa historia es falsa.. falsa... absolutamente falsa.

MAUR. Puede usted jurar de buena fe y, sin embargo, equivocarse.

JEN. No me equivoco. ¡Falsedad, infamia y calumnia!

JUAN No se altere usted, don Jenaro. Lo que usted dice, es para mí en lo humano, como en lo divino, el Evangelio.

JEN. (Por Mauricio.) Pero *ese* duda todavía.

MAUR. No, señor, ya no dudo. Entre su juramento de usted y un papelucho, la elección no es dudosa. Por mi parte, ni una palabra más

JUAN (A Mauricio.) Vamos adentro, que ya viene gente. Don Jenaro, cuando llegue Roberto... ya sabe usted...

JEN. (Que se ha dejado caer en un sillón.) Sí, señor; sí, señor.

JUAN No esté usted ni preocupado, ni triste.

JEN. No, señor; no, señor.

JUAN (Marchándose por la derecha con Mauricio.) Le has dado un mal rato y me has dado un mal rato á mí.

MAUR. Lo siento; pero había que explicarse.

JUAN Te salió mal la cuenta.

MAUR. Al contrario ¿Roberto es una persona digna y lo fué siempre? Tanto mejor. Así podré entenderme con él.

ESCENA III

DON JENARO, sentado en una butaca con señales de gran abatimiento. ROBERTO, que viene de la calle por el fondo izquierda

JEN. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Roberto! ¡El mundo se le viene encima! ¡Pobre Roberto! Pues más miedo le tengo á él que á todos sus enemigos, envidiosos, husmeadores de infamias y trompeteros de escándalos. ¡Qué desgracia, Dios santo, qué desgracia!

ROB. ¿Qué ocurre, don Jenaro? ¿Qué cara tiene usted? ¿Está usted de duelo?

JEN. ¿Y me lo preguntas con esa calma? No: si es *calma verdadera*, me alegro. Que me alegro. Hijo mío, para las grandes desdichas, los grandes corazones. (Levantándose y abrazándose á él.)

ROB. Pero, ¿por qué es todo eso? ¿Por lo que pregona el periódico? ¿Por el escándalo que se prepara? ¿Y qué?

JEN. Te lo he dicho muchas veces; debiste cambiar de apellido; tomar el de tu madre.

ROB. ¡Valiente cobardía y valiente indignidad! Mi nombre es mi nombre. Soy el que he sido Yo no pienso en la sociedad, de contrabando. ¿Llevo en la frente un vergonzoso estigma? Pues no es cosa de que yo lo pregone; pero escamotearlo, tampoco.

JEN. ¡Exageraciones, romanticismos! Nunca serás un hombre práctico.

ROB. ¡Qué remedio! Cada uno es como es. ¿Se supo? Bueno; veremos lo que resulta.

JEN. Tienes razón; ¿á ti qué te importa la opinión de nadie?

ROB. No debía importarme, y me importa. ¡Miserias del ser humano! ¿Qué me importa á mí, dice usted bien, la opinión buena ó mala de Pedro, de Juan, de gente que no conozco, de este tunante, de aquel necio?... Nada. Una multitud anónima á quien ni quiero, ni aborrezco, ni conozco, ni conoceré nun-

ca. Pues se me impone, se me impone por su masa, por su fatalidad, por su vocerío. Y al pensar lo que pensará de mí esa multitud, que al fin y al cabo me es indiferente, algo me corre por el cuerpo con frialdad de hielo y de muerte. Es como si se me helase toda la atmósfera en que respiro y quedase yo empotrado y prisionero en un bloque infinito de hielo.

JEN. ¿No decías que estabas tranquilo?

ROB. Relativamente lo estoy. ¿Vino la catástrofe? Pues me pasó el miedo. Y lo confieso; estos últimos años han sido de un miedo horrible. Cobardía de criminal: como si lo fuera. Me pasaba noches enteras entre un sueño, que era fiebre, y una fiebre que era sueño, repitiendo á compás de la péndola del reloj: «¡Si se sabrá! ¡Si no se sabrá!» «No... sí... no... sí.» Me figuraba un péndulo enorme, que oscilaba entre mucha sombra y mucha luz: «ya sube á la luz: ya baja á la sombra: á la luz: á la sombra. No se sabrá: sí se sabrá; no... sí... no... sí. .» ¡Jesús, qué noches! ¡Dios mío, qué noches! Y ahora tranquilo: enteramente tranquilo. «Sí... sí... sí... pues sí... se sabe... Y bien, ¿qué? Aquí estoy... A ver... á ver.... vamos á ver... ¿Qué? (Cruzando los brazos con desesperada arrogancia.) ¡Soy Roberto Pedrosa!... Aquel... ¡El de la condena!... el del estigma... ¡Aquí está!... ¡toda la frente me coge!... ¡El estigma, el estigma!... ¡Pero imbéciles, sepan ustedes que Dios ha besado aquí!»

JEN. Sí, hijo mío, sí; es verdad. Si lo supieran...

ROB. ¡Silencio! ¡Silencio! En cuanto yo lo dijese, el beso inefable se borraba y el primer payaso me ponía su mascarilla de farsante.

JEN. ¡Válgame Dios, hijo mío! ¿Pero tú no piensas en Eugenia?

ROB. ¡Que no pienso en ella!... todas mis angustias se han reconcentrado en un solo punto: Eugenia: ¿Qué pensará de mí Eugenia? Tan buena, tan hermosa, tan pura... Y yo... yo... ¿qué voy á ser ante ella? Don Jenaro, ¿me despreciará Eugenia? (Con suprema angustia.)

JEN. ¿Por qué ha de despreciarte?

ROB. Porque debe despreciarme; porque así es el ser humano; porque así somos todos. Si yo me presentase ante ella convertido en un monstruo; si hubiese hecho algo horrible, pero muy grande, destruir muchas vidas, verter mucha sangre, posible es que todavía me quisiese. El miedo no excluye al amor. ¡Oh! La piel del tigre, ¡qué hermosa! La melena del león, ¡qué soberbia! Sus anchas zarpas, aunque traigan enganchados girones de carne humana, ¡qué poderosas! Pero yo no me presento así ante ella; me presento empequeñecido, ruín, ridículo. ¡Unas manos que apenas tienen fuerza para abrir una caja y coger temblorosas unas cuantas monedas! ¡Una ganzúa, en vez de una zarpa! ¡Qué grandeza! ¡Y luego la cárcel, y la sentencia y la condena, y hasta el perdón al cabo de dos años por mi buena conducta! ¿Cuándo han tenido buena conducta el tigre real ó el león africano? ¡Oh! ¡Lo mezquino, lo ruín, lo despreciable!... ¡Sí; me desprecia, me desprecia!

JEN No digas desatinos.

ROB. ¡Desatinos! Verá usted, verá usted cuando lo sepa todo Eugenia. ¡Qué desencanto, qué tristeza, qué frialdad, qué lástima tan humillante! ¡Eso sí que no!... ¡Como hay un Dios que si me tiene lástima hago pedazos aquel cuerpo tan hermoso!

JEN. ¡No te puedo oir; eso es ya el delirio! ¡Un cariño verdadero resiste á todo, á la desgracia, á la muerte!

ROB ¡A la muerte, sí; al ridículo, no! ¡Si Eugenia siguiera queriéndome, sería despreciable, tan despreciable como yo. Nuestros cariños nos elevan ó nos envilecen. Por un Dios clavado en una cruz, hay mártires en el circo. Se comprende. Por un mono que gesticula en lo alto de un árbol, ¿quién da su sangre sin ser de la grotesca familia? Yo le digo á usted que si Eugenia no me desprecia, la desprecio yo. Y si me desprecia... ¡Oh! Entonces... ¡entonces se acabó todo! Ojos que

me miraban y no me miran; mano que me buscaba, y no me busca; cuerpo que á mí venía y me vuelve la espalda... ¡Ah! Están pidiendo todas estas cosas otros ojos que se cierren, otra mano que se hiele y otro cuerpo que se desplome de espaldas en la fosa, volviendo para siempre la espalda á la tierra ingrata y maldita.

JEN. Pero, hijo mío, si no te dominas un poco, vas á perder el juicio.

ROB. No, si estoy tranquilo otra vez. Se llega al límite; pues ya no se pasa: hay que volver á empezar.

JEN. ¿Y qué has decidido?

ROB. Esperar.

JEN. ¿Esperar qué?

ROB. El efecto de mi contestación al periódico.

JEN. ¿Has contestado?

ROB. Esta mañana, y mi carta saldrá esta noche; ya andará por ahí.

JEN. A ver... á ver... ¿Y qué dices?

ROB. Una carta curiosísima. (Procurando recordarla.) «Señor director: Ese don Julián Pedrosa que usted cita era mi honradísimo padre. Ese Roberto Pedrosa de que usted habla, soy yo. En efecto, se probó mi delito. En efecto, sufrí condena.»

JEN. ¡Jesús!

ROB. Oiga, oiga: «Si la pena compensa el delito y lo purga, pues la sufrí, liquidé. Si la pena procura la corrección, ya estoy corregido: doce años de vida honrada lo prueban. Si la pena es un seguro social, surtió sus efectos. Luego soy en este momento un ciudadano tan digno, tan honrado y tan respetable como cualquiera de ustedes, suponiendo que lo sean. Así lo entiendo yo: veamos si de este modo lo entiende la sociedad. Roberto Pedrosa.»

JEN. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Qué has hecho?... ¡Tu deshonra!... ¡Tu ruina!...

ROB. ¡Qué remedio! Hay que decir la verdad.

JEN. ¡Pero si has mentido, insensato, loco, suicida!

ROB. ¡Suicida! ¡Imito á mi padre!

JEN. (Abrumado y cubriéndose el rostro.) ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué desgracia!

ROB. Mejor.

JEN. ¡Qué vergüenza!

ROB. Mejor.

JEN. ¡Qué catástrofe!

ROB. ¡Mejor todavía! Venga entera... Lo que faltaba... (Observando que viene.) ¡Eugenia!

JEN. ¡Dios mío! ¿Qué va á suceder?

ESCENA IV

ROBERTO, DON JENARO y EUGENIA

EUG. Pero, ¿qué le pasa á don Jenaro? ¿Qué tiene? ¿Se ha puesto malo? (Dice esto acercándose á don Jenaro y dirigiéndose á Roberto.)

ROB. Se apura por ese artículo en que me ponen de oro y azul. Cosas de la vida, Eugenia.

EUG. ¿Otro artículo? ¡Qué infamia, Dios mío! Sí: el artículo que quiso leerme Mauricio. Pero yo no quise oirlo.

ROB. Es natural.

EUG. No se apure usted, don Jenaro. ¡Quién hace caso de indignidades! Nadie las lee.

ROB. Al contrario. Las lee todo el mundo, menos usted, Eugenia. Si esta es la naturaleza humana.

EUG. No diga usted eso; está usted muy alto.

ROB. ¡Pobre niña!

EUG. No se apure usted, don Jenaro.

JEN. Tienes razón... No hay motivo... Me voy allá dentro.

EUG. Allá tiene usted á Rosario y á Fernanda.

JEN. Bueno, bueno. (Yo atajaré tu locura.) (Aparte á Roberto.)

ROB. (Acompañándole y en voz baja.) Si dice usted una sola palabra de mi secreto, si para salvar mi honra mancha usted la de mi padre... don Jenaro, el hijo del suicida tiene instintos suicidas... Ley de herencia. Se lo juro á usted por la salvación de aquel que todo lo dió por mí.

JEN. (¡Calla, calla, hijo mío! ¡Cómo salvarle, Dios santo!) (Vase don Jenaro.)

ESCENA V

EUGENIA y ROBERTO

EUG. ¡Qué bueno es y cómo le quiere á usted!

ROB. Sí; es uno de los pocos que me quieren de veras.

EUG. ¡Ya empieza usted! ¿Es el único?

ROB. ¡Quién sabe!... La casualidad, las circunstancias, no mi propio mérito, han dado cierto brillo á mi nombre. Y alrededor de la llama esplendorosa, siempre revolotean insectos y mariposillas también. Pero la luz se apaga, y alrededor del humo nauseabundo y de la mecha carbonizada, ¿quién revolotea?

EUG. (Mirándole con los ojos muy abiertos.) ¿Y qué quiere decir eso?

ROB. Nada; locuras mías. No me haga usted caso. Yo no quiero que Eugenia esté triste. ¿Cómo podría yo hacer que Eugenia fuese muy feliz?

EUG. ¿No sabe usted cómo? Tanto talento para los demás y para mí tan torpe. ¿Conque no sabe usted cómo?

ROB. Eugenia, ¿me querría usted aunque yo fuese malo, muy malo, pero con maldad ruin: un ser abyecto?

EUG. ¡Ay, qué cabeza, Dios mío! Unas veces dice usted que es usted muy bueno. Otras veces jura usted, por todos los santos, que es usted un mal hombre, y toma usted á punto de honra el que yo le odie y le desprecie. Pero, ¿es que los sabios son todos ustedes locos de atar?

ROB. ¡Si yo pudiera hacer ante usted confesión general!

EUG. Pues mire usted: es una idea. Confiésese usted conmigo, y yo le diré, con franqueza, si es usted bueno ó malo.

ROB. ¡Qué niña!... ¡Qué ángel!... ¡Qué consuelo!... ¡Qué desesperación!

EUG. (En broma; pero aunque siempre habla con Roberto

en broma, en el fondo hay cierta ansiedad.) No se haga usted el distraído. Sí, sí, á confesarse, pero de verdad. Yo pregunto, y usted contesta. Siéntese, hermano, y haga examen de conciencia. ¿Quiere?

ROB. ¡Eugenia, delicia mía, tormento mío, yo querré siempre lo que usted quiera! ¡Niños, siempre niños! Al borde del abismo jugando al corro. (Se deja caer en un sillón junto á Eugenia y oculta la cabeza entre las manos. Pausa.)

EUG. El examen de conciencia. Así, (Mirando fijamente á Roberto, que levanta la cabeza.) así... así me gusta; mucha contrición y mucho dolor de haber ofendido á Dios. Tiene los ojos llenos de lágrimas... Eso está bien... Pero no llore mucho... que el confesor hace pucheros.

ROB. ¡Eugenia!

EUG. No me llame Eugenia: llámeme padre y empiece.

ROB. ¿Cómo va á ser?

EUG. Como son estas cosas.

ROB. (¡Pobre niña! No quiero amargarle este capricho encantador. Demasiado pronto empezarán las lágrimas.) (Siguiendo la broma, pero entre angustias horribles.)

EUG. ¿Cree usted en Dios? ¿Ama usted á Dios, sobre todas las cosas? ¿Qué? ¿Duda usted? ¿Será verdad lo que dicen? ¿Que es usted ateo? (En tono de terror, pero algo cómico.) ¡Ay! ¡Por Dios! ¡No; me daría mucha pena!

ROB. ¿Y ya no me querría usted?

EUG. ¡Quererle siempre! ¿No había de quererle á usted porque estuviese enfermo del alma? Sea usted lo que sea, piense usted lo que piense. Mi cariño no depende de mí. Es como si usted me preguntase: «Eugenia, si yo fuese ateo, ¿tendría usted los ojos pardos y el pelo negro como ahora?» ¡Pues qué remedio! Los tendría; pero haría muy mal en tenerlos.

ROB. Tranquilícese usted. No lo soy. Necesito creer. Creer en una justicia eterna, suprema, incorruptible: no como esta torpe y torcida de la tierra.

EUG. Así, así. ¡Qué alegría! ¿Sigo, hermano?

ROB. (Procurando calmarse y sonreir.) Siga, padre.

EUG. ¿Santifica usted las fiestas?

ROB. Sí, las santifico.

EUG. Doy fe. Siempre que yo iba á misa ó al sermón, le veía á usted.

ROB. ¡Qué alegrías tan crueles estas alegrías! ¡Si usted supiese!

EUG. Lo sabré todo si la confesión es sincera y completa; si no queda algo en algún rinconcito. Cuando en una confesión queda algún rinconcito obscuro, allí se acurruca el diablo.

ROB. Siga usted.

EUG. ¡Honrar padre y madre! ¿Honró usted y quiso á los suyos?

ROB. Venero la memoria de mi madre, pero no la conocí: pero á mi padre, sí: le quise con toda mi alma: tanto como él me quería. Lo hubiera él dado todo por mí: vida y honra. ¡Por él hubiera yo dado vida, honra y felicidad! (Conteniéndose.) Eugenia, aquí sí que no puede usted ponerme penitencia.

EUG. ¡Lo ve usted, cómo va usted resultando muy bueno! El, cree en Dios: él, santifica las fiestas: él, honra padre y madre... pero señor, ¿qué más hacen los santos?

ROB. Los santos gozan en el martirio, y yo me desespero.

EUG. ¿Yo le martirizo á usted?

ROB. Sí.

EUG. ¡Nadie lo diría! (Pausa. Con asombro y recelo.)

ROB. ¿Acabamos ya? ¿No le hace á usted más preguntas el confesor?

EUG. Algunas más: pero sin importancia. Una cuaresma, un confesor muy severo, me preguntó con voz bronca:—«¿Tiene usted novio?» Diga usted, Roberto: ¿usted tiene novia?

ROB. Y usted, ¿qué contestó?

EUG. Y usted, ¿qué contesta? Porque ahora quien se confiesa, no soy yo; es usted.

ROB. Yo digo que sí: ¡y que la quiero con toda mi alma!

EUG. Vamos, eso ya merece una penitencia, pero no sé cuál. Se la preguntaré al padre.

ROB. ¿A qué padre?

EUG. Por de pronto al mío. Digo, si le parece á usted bien y usted me autoriza.

ROB. ¡Sí; y yo también se lo preguntaré! Es forzoso concluir. ¡Basta de bromas encantadoras, deliciosas, pero horribles, crueles! Cree usted que tiene entre las manos un juguete, y lo que tiene usted es un corazón que sangra; basta de niñerías. Acabe aquí la niña. Ha llegado el momento en que piense usted y sienta, y quiera ó aborrezca como mujer. ¡En serio! ¡En serio! Que usted no lo sabe, pero este es el momento supremo de su existencia de usted y de la mía.

EUG. Yo también sé ponerme seria. A veces parece que hablo en broma, pero por dentro sufro mucho. Cuando usted dice esas cosas tan desesperadas, por algo será. ¿Cree usted que no lo comprendo? Es decir... yo no comprendo lo que pueda ser... pero bien veo que es algo. Es como si en la oscuridad me apretasen el corazón. ¿Es una mano? ¿Son unas tenazas? ¿Es un torniquete? ¡No sé, pero sé que me ahogo! Y no sé más, no sé más que sufrir y querer... Yo no tengo más que esta idea, no sé si es de niña ó de mujer, ó de qué: «¿Roberto me quiere? ¡Quiero vivir! ¿Roberto no me quiere? ¡quiero morirme!»

ROB. ¿Si yo la quiero á usted?... ¿Si yo te quiero?... ¡Ah, lo que dice! ¡Eugenia, si yo me muero antes que tú y no he podido besarte, bésame, Eugenia, que muerto ó vivo, ese será el cielo para mí!

EUG. ¿Y si soy yo la que me muero antes?

ROB. Entonces yo.

EUG. Pues sea.

ROB. ¡Y entre tanto, si me ve usted subir á un calvario de ignominia, no me vuelva usted la espalda! Aunque sea para escarnecerme, vaya usted conmigo.

EUG. ¡Ah, Roberto! ¡No me diga usted eso!... ¡No lo merezco! Yo sé querer... sé querer más que usted... porque usted, con todo su talento, duda... y yo no dudo... ¡yo amo y creo!... con lágrimas de niña... ¡pero con vo-

luntad tan grande, tan grande!... ¡la voluntad, ya la quisiera usted como la mía! (Cae llorando en los brazos de Roberto.)

ROB. ¡Eugenia!

ESCENA VI

DICHOS y MAURICIO

MAUR. ¿También se han recibido hoy malas noticias? Perdone usted, Eugenia: lo digo, porque esos divinos ojos tienen brillo de lágrimas.

EUG. Si no he recibido malas noticias, no será porque no hayan querido dármelas.

ROB. Nunca faltan almas caritativas.

MAUR. Ni amigos leales; lo digo, deponiendo toda modestia.

ROB. La lealtad es probada en usted.

MAUR. Me complace que usted lo reconozca.

EUG. Y á mí me complacería que mudásemos de conversación.

MAUR. Pues yo sospecho que ha de complacerle más que sigamos hablando sobre el mismo asunto. Para mí, es un deber de conciencia.

EUG. ¿Por qué?

MAUR. Porque está probado que las afirmaciones de aquel periódico, que quise leerle á usted y que usted no quiso oir, son calumniosas...

ROB ¿De veras?

MAUR. Sin género de duda.

ROB. ¿Es ironía?

MAUR. Hablo seriamente; palabra de honor. No quiso oirme Eugenia: acudí á su padre: le acusé á usted en forma: tuvo usted buen defensor. Se desvaneció la calumnia, y ante la evidencia me inclino respetuoso.

EUG. (A Roberto:) No: si Mauricio siempre ha sido bueno.

MAUR. Mil gracias, Eugenia. En cuanto á usted, señor de Pedrosa, si no se da usted por satisfecho, me tiene usted á sus órdenes. Una reparación no la niego nunca.

ROB. En vez de la reparación que usted me ofrece voy á pedirle á usted un favor.

MAUR. Concedido de antemano. (En voz baja.) (No siendo que renuncie á Eugenia.)

ROB. (No es eso. Esas cosas no se piden por favor.)

MAUR. (Ni se conceden.)

ROB. (Naturalmente.) Eugenia, sea usted tan amable como el Vizconde: concédame usted otro favor.

EUG. ¡Concedido también! (En voz baja.) (No siendo que renuncie á mi cariño.)

ROB. (No es eso. Eso no lo pediría yo nunca.)

EUG. (Ni lo concedería yo jamás!)

ROB. Señor Vizsonde, ruego á usted que lea á Eugenia ese artículo en que tan mal me tratan, y además mi contestación, que en estos momentos... habrá salido á la calle. Y yo le ruego á usted, Eugenia, que oiga usted la acusación y la defensa.

MAUR. Como favor, estaba concedido. Como reparación, es de justicia. ¡Eugenia decidirá!

EUG. ¡No, por Dios! ¡Yo no quiero oir esas cosas!

ROB. ¿No quiere usted someterse á esta prueba? ¿Teme usted por mí, ó teme usted por sí misma?

EUG. No sea usted así, Roberto.

ESCENA VII

EUGENIA, ROBERTO y MAURICIO; DON LEANDRO y DON MARCOS. Estos dos vienen de la calle muy excitados

LEAN. ¡Esto es intolerable!

MARCOS ¡Repugnante!

ROB. ¿Qué tienen ustedes?

LEAN. Que esta sociedad ha perdido sus polos, que está total, íntegramente, despolarizada (¿Se podrá decir despolarizada?) Que ya no se respeta nada. Y que donde no basta el respeto moral, se impone el respeto á estocadas.

EUG. ¿Pero qué ha ocurrido?

MARCOS Pedrosa... soy su amigo de usted. Pues yo le

digo, que á ese articulista... Pedrosa, hay casos en que el castigo á sangre se impone.

EUG. No, eso no. Siempre está usted empeñado en que se batan los demás.

MARCOS ¿Usted qué opina, señor Vizconde?

MAUR. Que este no es caso de desafío. Yo puedo cruzar hierro ó plomo con una persona de mi clase y de cierta dignidad, aunque no sea mucha: no seamos exigentes. Pero yo no puedo mandar mis padrinos ni al perro que me ladra en una calleja, ni al borracho que me tropieza entre groserías al salir de una taberna, ni al tahur que me insulta al desembocar de un garito. Para estos casos se fabricaron expresamente los agentes de Orden público.

EUG. Muy bien, Mauricio, muy bien. Hoy está usted delicioso.

MARCOS Eso va en opiniones.

ROB. Pero, ¿qué hay de nuevo?

MARCOS Que ahora mismo, al pasar por la Puerta del Sol, hemos oído vociferar á un enjambre de chicuelos y de mujeres: «*¡La Maza de Fraga*, con la carta del diputado Pedrosa!» ¡Una carta supuesta! Nosotros no hemos querido leerla.

LEAN. ¡Una superchería! ¡Suponer que usted les ha contestado! Ponerse al habla con el cieno social! (Esta frase sí que le gustará á don Perfecto)

ROB. Pues mis queridos amigos, lo siento mucho, porque la carta es mía.

LEAN. ¿De usted?

MARCOS ¡Por Dios!

ROB. Ni más ni menos.

MARCOS Pero, ¿por qué ha hecho usted eso?

LEAN. ¡Descender usted á defenderse, y ante semejante tribunal!

ROB. Estará mal hecho, pero está hecho.

LEAN. (Dándole la mano.) Mal hecho; pero cuente usted conmigo.

MARCOS (Lo mismo.) Mal hecho; pero la amistad no tiene límites.

ROB. Mil gracias, señores. Sé la amistad que les debo. (Eugenia, ¿no quiere usted leer, al me-

nos, mi contestación? Es la única prueba á que someto su cariño. Si vacila usted es que la duda ha mordido en su corazón.)

EUG. Vamos, Mauricio. Quiero complacer á Roberto. Volveré después.

ROB. ¿Y si no volviese usted?

EUG. Volveré.

MAUR. Estoy á sus órdenes. (¿Le ama usted mucho?)

EUG. (¡Mucho!)

MAUR. (¿Con toda el alma?)

EUG. (¡Con toda!) Vamos pronto.

MAUR. Pase usted. (Salen.)

ESCENA VIII

ROBERTO, DON LEANDRO y DON MARCOS; después, por la derecha, FERNANDA, DOÑA ROSARIO y DON JUAN

LEAN. Amigo Pedrosa, á pesar de sus opiniones avanzadas, reconozca usted que la letra de imprenta necesita un correctivo.

ROB. Ya lo tiene.

MARCOS ¿En dónde?

ROB. En sí misma.

LEAN. Es insuficiente.

ROB. No hay otro.

MARCOS ¿Pero el insulto?...

ROB. Es tan antiguo como el hombre.

LEAN. ¿Y la murmuración?

ROB. Es tan antigua como la mujer.

LEAN. Pero la calumnia necesita un freno.

ROB. Si lo necesita. Pero es bestia tan salvaje, que en sesenta siglos nadie ha podido enfrenarla. Se enfrena un potro, porque tiene cabeza en que sujetar un cabezón de serreta, lomos que oprimir y dos ijares en que clavar las espuelas Pero no se enfrena ni el mar por lo inmenso, ni el aire por lo vagoroso, ni el miasma por lo sutil. Contra la calumnia en letra de molde ó en aliento humano, no hay más que esto: una conciencia limpia aquí abajo; una justicia eterna allá

arriba, y la frente muy alta y de frente á la sociedad.

LEAN. ¡Bien dicho!

MARCOS ¡Qué hombre!

JUAN Aquí no tiene usted más qué amigos y admiradores.

ROS. No se olvide usted: el lunes almuerza usted con nosotros.

ROB. ¡Señora!...

LEAN. Es compromiso formal.

ROB. Todo lo que ustedes quieran. (¡Ya vuelve!) (Viendo venir á Eugenia.) (El momento decisivo de mi vida.)

ESCENA IX

ROBERTO, FERNANDA, DOÑA ROSARIO, DON LEANDRO, DON MARCOS y DON JUAN; por la derecha, primer término, EUGENIA y MAURICIO Eugenia viene pálida y vacilante, en fin, como la actriz crca que debe venir. Su primer ímpetu es precipitarse hacia Roberto. Pero le faltan fuerzas ó le falta valor, y cae en un sofá. Mauricio queda en pie, á su lado ó detrás del sofá. Toda esta escena hay que hacerla con mucha naturalidad, con mucha verdad, con movimientos fáciles. Cuando sea preciso, con intención. Roberto habla con todos los que le rodean, se sonríe, parece indiferente, pero no quita la vista de Eugenia

ROB. (¡Se acerca!... ¡No se acerca!...) (Mirando á Eugenia.)

JUAN (Separándose del grupo y mirando alrededor.) Me parece que estamos todos. No, falta don Jenaro. (Toca un timbre y aparece un criado.) Que avisen á don Jenaro. (Sale el criado. Se vuelve don Juan y repara en Eugenia.) ¡Eugenita!... Pero, ¿qué tiene Eugenia? (Se acerca á ella afanoso: los demás, sin atenderle ni oirle, rodean á Roberto, la conversación es cada vez más animada.) ¿Qué tienes, hija mía? ¿Te has puesto mala? (Eugenia no le contesta; le mira con los ojos muy abiertos y muy espantados.) Pero, ¿qué tiene esta criatura? (A Mauricio, el cual tiene un periódico en la mano.) ¿Le has dado algún disgusto?

MAUR. Yo, no. Ha leído esto. (Dándole el periódico. Todo esto en voz baja.)

JUAN ¿Y qué es esto?

MAUR. La contestación de Roberto.

JUAN ¡Ah!... ¡A ver, á ver! (Buscando con afán en el periódico. Mauricio le señala dónde.)

EUG. (A Mauricio.) ¿Habremos leído mal?... Yo no veo claro. Tengo una nube ante los ojos.

MAUR. Su padre de usted nos lo dirá. (Eugenia sigue con la vista á su padre.)

JUAN ¡Jesús, Jesús!... ¡Qué vergüenza!... ¡Qué desdicha!.. (Se separa algunos pasos y se apoya sobre una mesa. Maquinalmente se lleva el periódico.)

MAUR. Hemos leído bien. (Señalando á don Juan, en quien es visible la emoción.)

EUG. (Entonces... No sé..; no sé... ¡Dios mío, qué es esto!)

JUAN ¡Pero si esto no es posible! ¡Si yo he leído mal! ¡Si yo he comprendido mal! ¡Si en esta carta debe haber un doble sentido! ¡Calma! ¡Calma! No nos precipitemos. A ver... A ver... (Vuelve á leer de nuevo el periódico, pero á cierta distancia de Eugenia y Mauricio.)

EUG. (A Mauricio.) También él duda. (Señalando á su padre.)

MAUR. ¡Veremos si se convence!

FERN. (En el grupo de Roberto.) Pues nosotros no somos de la opinión de usted, señor de Pedrosa; por la primera vez disentimos de nuestro jefe, verdad, Rosario?

ROS. Esta es nuestra primera disidencia. Ha hecho usted mal, muy mal en contestar.

MARCOS Esta vez se queda usted solo: abandonamos al jefe.

LEAN. Le abandonamos. (Todo esto riendo.)

FERN. Y nos llevamos la bandera. (Ella y doña Rosario se separan riendo y bromeando del grupo, y vienen hacia el centro sin cesar de hablar. Se oyen frases como estas.)

ROS. ¡Sí, hija, sí!... ¡Lo digo de veras! ¡Ha hecho muy mal!... (Etcétera. Don Leandro y don Marcos se quedan hablando con Roberto.)

ROB. (A don Leandro y á don Marcos.) ¡Todos me van abandonando!... (¡Ella también!) Está visto...

LEAN. (Con severidad cómica.) Usted se lo ha ganado, señor de Pedrosa.

ROB. Empieza la marea menguante. Esta es la vida.

EUG. (¡No!... ¡Esto es un sueño!... ¡Esto es una pesadilla! (A Mauricio,) Le van dejando. ¡Lo saben ya!)

MAUR. ¡Es posible!

EUG. ¡Qué crueldad! ¡Qué crueldad!

FERN. (Acercándose con doña Rosario á don Juan, que lee por tercera vez la carta. Acabó de leerla la segunda vez, y se quedó con la cabeza entre las manos. Y empezó por vez tercera.) ¿Qué lee usted, señor don Juan? (Los tres están en segundo término.)

ROS. (A Fernanda.) ¿Será la carta de Roberto?

FERN. ¿Es la carta?

JUAN ¡Sí, ahí está! (Con profundo abatimiento. Los dos se ponen á leer al mismo tiempo. Fernanda tiene el periódico; doña Rosario se acerca á ella y va leyendo á la vez.)

EUG. (Volviéndose hacia Mauricio.) ¿Usted cree en eso que ha escrito Roberto?

MAUR. ¿Quién ha de contestar? ¿El enamorado ó el caballero? Porque el enamorado dirá *¡Sí!*

EUG. ¿Y el hombre de honor?

MAUR. *¡No!*

EUG. ¡Gracias, Mauricio! (Estrechándole la mano con las dos suyas, con efusión.)

ROB. (Que lo ha observado.) ¡Oh! ¡Qué expansión! ¡Ja, ja, ja! (Riendo con risa estridente.)

LEAN. ¿Le hacen á usted reir estas cosas?

ROB ¡Es natural!

FERN. (Leyendo.) Pero, Rosario, ¿qué es esto?

ROS. ¡No sé, hija, no sé; se habrá vuelto loco!

FERN. ¡Virgen de los Desamparados! (Siguen leyendo las dos.)

ROS. Es preciso que Leandro lo sepa... ¡Leandro!.,. (Llamando en voz alta.) Con el permiso de esos señores... haz el favor...

LEAN. ¡Pues vendrá el conflicto! ¡Créanlo ustedes que vendrá! Los conflictos son insustituibles. (Dice esto separándose de Roberto y de don Marcos.)

ROS. ¿Leandro?

LEAN. Ya voy, hija. ¿Qué querías? (Fernanda y doña Rosario le hablan con animación y le dan el periódico.)

ROB. (¡Ya circula!... ¡Ya circula!... ¡De mano en mano!... ¡Qué prisa! ¡Y el que se va no vuelve! ¡Ni Eugenia!)

MARCOS Se ha quedado usted pensativo, amigo Pedrosa. A veces don Leandro dice cosas que hacen pensar.

ROB. ¡Mucho, mucho!

LEAN. (En el grupo de don Juan, Fernanda y doña Rosario leyendo el periódico.) Pero señor, esto es increíble. Don Juan, ¿qué dice usted?

FERN. El pobre don Juan está muerto.

LEAN. ¡Don Marcos! (Llamándole en voz alta.) Una palabra... con permiso.

ROB. Vaya, vaya usted.

MARCOS (Acercándose al grupo de don Juan, Fernanda, doña Rosario y don Leandro.) ¿Qué deseaba usted, don Leandro? (Todos le rodean y le hablan, mostrándole el periódico. Todos, menos don Juan, que está entre ellos, pero inmóvil.)

JUAN ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Eugenia!

EUG. (¡Solo!... ¡No!... Sea verdad, sea mentira, no quedará solo. ¡No, Roberto, no; eso no!) (Se levanta con ímpetu, pero luego se acerca á Roberto con lentitud, apoyándose en los muebles. Roberto, inmóvil; los dos se miran fijamente; ella avanzando. Todo esto queda encomendado á los actores.)

MAUR. ¡Qué corazón tan grande tiene esa niña! ¡Qué lástima no sea mío!

CRIADO (Saliendo.) ¡El señor está servido!

JUAN (Al ver que Eugenia se va acercando á Roberto, le cierra el paso apresuradamente, deteniéndola.) ¡Hija mía!... ¡nos llaman! (¡Ten valor; la situación es imposible!)

EUG. (¡Tendré valor; ya verá usted!)

JUAN Don Leandro, tenga usted la bondad de ofrecer el brazo á Fernanda. Usted don Marcos, á Rosario. (Así lo hacen.) Mauricio, dale el brazo á tu prima. (Mauricio se acerca y le da el brazo á Eugenia.) Los demás iremos solos. (En este momento entra don Jenaro.) No... yo con usted. (¡No puedo sostenerme! ¡Qué trance, Dios mío!) (Se apoya en don Jenaro.)

JEN. (¡Don Juan!)

JUAN (¡Luego, luego hablaremos!...) Pues cuando ustedes gusten. Pasen, pasen. (Movimiento de

todos hacia el comedor. Eugenia vuelve la cabeza y mira á Roberto. Roberto en pie, inmóvil, como estaba.)

EUG. (¡Le dejan!... ¡Todos le dejan!... ¡Yo no!) (Soltándose del brazo de Mauricio.) Perdone usted, Mauricio. ¡Qué distracción, papá! (Riendo: fingiendo alegría; como la actriz quiera.) ¡Esta comida era en honor de los triunfos de nuestro buen amigo... y le dejamos solo! ¡No, no está bien! ¡Qué tornadizos somos y qué ingratos! Roberto, ¿quiere usted darme el brazo? (Acercándose á él; todos se detienen á la puerta del comedor y corre un murmullo.)

ROB. ¡Eugenia! (Acercándose á ella con suprema alegría.) ¡Eugenia, buena memoria! ¡el alma se lo agradece! (Conteniéndose.) ¡Pero, no es posible! Debo retirarme. Con el permiso de ustedes debo retirarme. (Todos respiran, como si se les quitase un peso de encima. Esto, muy poco marcado.)

JUAN Si no se siente usted bien... lo deploramos .. pero no quisiéramos violentarle.

ROB. Mil gracias. Pues con su permiso. (Hace un movimiento para retirarse.)

EUG. Con el mío, no.

JUAN Eugenia, no seas niña.

EUG. Ya no lo soy. Me lo han prohibido: ¿verdad, Roberto? No es capricho de niña, es mandato. Yo obedecí antes: obedezca usted ahora. El brazo, Roberto. (Todo esto, dicho con los matices que la inspiración dicte; seriedad, tristeza, terquedad de niña etc.)

JUAN ¡Por Dios, hija! No molestes al señor de Pedrosa.

EUG. ¡Ah! ¡Son ustedes egoístas, muy egoístas! Hace poco rodeaban ustedes al señor de Pedrosa afanosos y entusiastas; pero se abrieron esas puertas, (Las del comedor.) despertaron nuevos apetitos y cayeron sobre Roberto las tristezas del abandono ¡Yo no soy así: yo sí que soy de los fieles, de los leales, Roberto! De los que siempre creen, de los que siempre... siempre estarán orgullosos con su afecto de usted. Ahora me da usted el brazo, y luego me acompaña usted al Teatro Real, que en nuestro palco tiene usted puesto de honor.

JUAN ¡Eugenia! (Con energía, casi con acento colérico.)

ROB. No tema usted, don Juan. Yo soy de los que saben agradecer: no soy de los que saben abusar. (Sin poder dominarse.) ¡Eugenia, hay dolores horribles que son dulzuras divinas! ¡Hay momentos en que nada hay más parecido á un cielo que un infierno! ¡Hay abismos que parecen cúspides: todo consiste en darles la vuelta! ¡Perdonen ustedes! Tenga usted compasión de mí, Eugenia. Adiós.

EUG. ¿Hasta cuándo?

ROB. ¡Hasta cuando Dios quiera!... ¡si quiere!

EUG. ¡Si querrá!

ROB. ¡El lo sabe!

EUG. Y yo también. ¡Adiós!

ROB. ¡Adiós!

JEN. ¡Roberto!... ¡Hijo mío!... (Encontrándole en la puerta de salida.)

ROB. ¡No; gracias, don Jenaro; solo; sólo con Dios y con ella!

EUG. Ya quedaron ustedes libres. Podemos entrar. ¡El brazo, Mauricio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

NICOLÁS, encendiendo los candelabros. GREGORIO, en un sofá echado; es decir, á la inversa que en el primer acto

GREG. ¿Qué estás haciendo?

NIC. Ya lo ves; dar luz por si vienen visitas.

GREG. ¡Visitas! Si hace cuatro días que no viene nadie. ¡Desde que el señorito Roberto dió el *barquinazo*, se acabó!

NIC. ¡Ya, ya! ¡Qué decente es el mundo!

GREG. Pues ya lo ves. El señorito Roberto siempre está sólo. Lástima da oirle dar paseos por su despacho. A veces estoy por entrar... vamos, para que tenga compañía.

NIC. ¡Hombre! ¡Hacerle tú compañía al señor! Mucho te subes de punto.

GREG. ¿Por qué no? Todos somos hijos de Dios. Antes me infundía el señor mucho respeto, estaba ¡tan arriba! Pero desde que los periódicos han publicado su historia, me parece otro hombre. ¡Quererle, le quiero lo mismo ó más... eso sí! Porque estas son desgracias de la vida. Lo que dice Pablote: ¡hoy estás tú en presidio, mañana lo estoy yo, y qué remedio! ¿Que le coge á uno el carro?

¡Paciencia! Cuando no se está por nada deshonroso...

NIC. Pues lo de tu señor, no fué muy limpio.

GREG. ¿Quién te ha dicho eso? ¡Mentira! Que *apañó* unos cuartos de su padre, ¿y qué?

NIC. ¡No eran de su padre: eran de una sociedad ó de un comercio, qué sé yo! En fin, que no eran suyos.

GREG. Lo que es de muchos no es de nadie.

NIC. Dí tú que te ciega el cariño que le tienes.

GREG. Desde que tengo más franqueza con él, es verdad, le tengo más cariño. Me parece que es más de los míos.

NIC. Pues mira... á mí, no. ¡A mí me da no sé qué! Y que fué la causa de que su padre se matase. Eso hay que mirarlo.

GREG. Porque el viejo se precipitó. El señorito, te digo que es muy bueno, y cada día mejor y más considerado. La otra noche entré á llevarle un vaso de agua, porque ahora bebe mucha agua; parece que está requemado por dentro; pues bueno, me distraje, y entré fumando una colilla. ¿Pues qué te figuras? ¿Que me riñó? ¡Cá! Se echó á reir, y yo me eché á reir con él y nos reímos los dos como si fuéramos iguales, solo que él se reía de un modo que hacía daño.

NIC. ¡Claro! Dió un vuelco, que ya ni la paz y caridad lo levanta. No le queda ni un amigo.

GREG. Le queda don Jenaro.

NIC. Es verdad; pero ese no vive mucho.

GREG. Tienes razón. Don Jenaro se muere del disgusto. Ni come, ni duerme. Anoche se levantó tres veces y se acercó á esa puerta á oir. (Acercándose á Nicolás y con voz baja.) Poco á poco le ha quitado todas las armas al señorito. A la cuenta teme... Mira, ahí tienes las últimas armas que acabo de recoger. (Señalando á la mesa.)

NIC. Ya, ya. He observado que tiene los ojos muy espantados don Roberto. Cuando tiene así los ojos, cómo tendrá el corazón.

GREG. Es que está desesperado. Es que los amigos le tratan de un modo... ¡Fiese usted de los

amigos! Pero en quien más me choca es en don Juan; ni ha vuelto por esta casa.

NIC. Está furioso con don Jenaro: dice que le ha engañado, que es un mal caballero. ¿Y qué me dices de la señorita Eugenia?

GREG. Esa hará como todas las mujeres. ¡Estoy más desengañado del género!

NIC. Pues no pensé yo que fuese así la señorita Eugenia.

GREG. Como todas. (Pausa.)

NIC. Suenan faldas.

GREG. (Asomándose al fondo.) ¡Sí; doña Fernanda y doña Rosario!

NIC. ¡Toma, toma! Es verdad. ¿Y á qué vienen esas?

GREG. No sé, por algo será.

ESCENA II

NICOLÁS, GREGORIO, FERNANDA y DOÑA ROSARIO

ROS. Nicolás; pregunte usted si recibe doña Mercedes.

NIC. Aún no ha salido de su cuarto: pero yo creo que recibe. Preguntaré.

ROS. Aquí esperamos.

NIC. Como las señoras gusten. (Sale Nicolás por la derecha.)

FERN. ¿El señor de Pedrosa, está?

GREG. No, señora. No ha vuelto todavía: pero le avisaré á la señora, cuando vuelva el señor.

FERN. No hace falta. Era una pregunta.

GREG. Sí, señora. (Sale por la izquierda.)

ESCENA III

FERNANDA y DOÑA ROSARIO

ROS. ¿Por qué se te ha ocurrido venir á ver á Mercedes?

FERN. Y tú, ¿por qué me preguntaste con tanto interés si venía?

ROS. ¡Qué sé yo!

FERN. Pues yo tampoco.

ROS. (Acercándose y en voz baja.) ¿No sentías curiosidad por ver qué cara tiene Roberto después de la catástrofe?

FERN. Yo, mucha. ¿Y tú?

ROS. Yo, muchísima.

FERN. Desde niña he sido así. Les tengo un miedo horrible á los muertos; pero no puedo remediarlo, no puedo resistir la curiosidad que siento por ver qué cara les queda.

ROS. Como yo. Y por eso: como nos gusta ver qué cara tienen los muertos...

FERN. Por eso nos gustaría ver qué cara tiene Pedrosa. (Se ríen las dos.)

ROS. Justamente.

FERN. La verdad, encontrar en público á Pedrosa, no me gustaría. Es situación muy difícil la de sus antiguos amigos. Vamos á ver, ¿qué se le dice? ¿De qué se le habla? ¿Se le saluda afectuosamente en presencia de todo el mundo? No está bien.

ROS. No está bien.

FERN. ¿Pero se le saluda con frialdad? Tampoco está bien. Es mostrar mal corazón.

ROS. El debió marcharse de Madrid y no comprometer diariamente á sus amigos. Lo demás, es el colmo del egoísmo.

FERN. Eso es: un chapuzón de unos cuantos años.

ROS. Pero él es muy imprudente y muy orgulloso.

FERN. Como que hace dos días que tuvo un disgusto grave con Vegafranca, uno *de los fieles.*

ROS. Como nosotros: fieles lo hemos sido todos hasta sus últimos instantes.

FERN. Parece que Vegafranca pasó sin saludarle, haciéndose el distraído. Pues Roberto le detuvo y le dijo en seco: «Tan ruin y tan adulador con los vencedores, como cruel é insolente con los vencidos.»

ROS. ¡Jesús! ¡Qué hombre! ¡Qué energúmeno!

FERN. Figúrate. Dicen que hay un desafío pendiente. Pero á Roberto le cuesta trabajo encontrar padrinos.

ROS. Es natural. Nadie quiere comprometerse.

FERN. En estas cosas, la neutralidad.
ROS. Precisamente... Ni por Roberto...
FERN. Ni contra Roberto. Quién sabe lo que puede ocurrir.
ROS. Don Jenaro jura que Roberto ha mentido; que es inocente.
FERN. Chocheces de viejo. ¡Mentir para deshonrarse!... ¡También sería gusto!... ¡Sería haber perdido el juicio!
ROS. Nunca tuvo mucho. (Acercándose al foro.) Pero aquí me parece que le tenemos.
FERN. (Lo mismo.) Es verdad ¿Le esperamos?
ROS. No, hija. Yo no sabría qué decirle.
FERN. No seas tonta. Verás cómo yo no me corto. Además, no nos han dicho todavía si recibe Mercedes.
ROS. Como quieras. Pero voy á pasar un mal rato.

ESCENA IV

DICHAS y ROBERTO

ROS. ¡Amigo Roberto!
FERN. (Fingiendo serenidad,) ¡Querido Roberto!
ROB. (Frío y respetuoso.) ¡Señoras!...
ROS. ¿Está usted bueno?
ROB. Muy bueno: gracias.
FERN. Crea usted que nos alegramos. (Procura fingir serenidad, pero se ve que las dos están cortadas y violentas.)
ROB. ¿Y los respectivos esposos?
ROS. Tan buenos. Es decir... no; digo bueno por la costumbre. Leandro está con un catarro... no sale de casa, absolutamente no sale.
FERN. Tampoco el mío. Siempre en casa.
ROB. Es donde mejor se está. (Pausa.)
FERN. ¿Y qué es de su vida de usted? No se le ve en ninguna parte.
ROB. Pues yo á todas partes voy. Al Congreso, al Senado, al club, á los teatros... á todas partes.
ROS. ¡Qué casualidad! Pues no lo he visto.

FERN. Ni yo tampoco. Verdad es que apenas salgo; como Pepe está así...

ROB. Pues yo las he visto á ustedes muchas veces... en todas partes.

FERN. ¿De veras? Pues nosotras no. (Pausa.)

ROS. ¿Recibió usted una tarjeta mía?

ROB. Sí, señora. Diciéndome que se suspendía aquella comida á que tuvo usted la bondad de invitarme.

ROS. Justamente. Tuvimos una desgracia de familia.

ROB. Eso decía la tarjeta.

ROS. No sabe usted qué disgusto. Murió de repente don Lucas, un tío político de una cuñada. Muy buen sñor. Y le queríamos muchísimo.

ROB. Lo deploro, señora. Es decir, deploro la desgracia. ¿Murió en Madrid?

ROS. No, señor; murió en la Habana. Hacía treinta años que estaba allá. (Pausa. Todos están violentos.)

FERN. ¿Qué tiempo, verdad?

ROB. Muy malo, señora. (Pausa.)

ROS. Anuncian un ciclón.

ROB. Pues vendrá. (Pausa.)

FERN. ¿Y qué hay de nuevo?

ROB. Nada que yo sepa. (Pausa.)

ROS. Todos los días me está diciendo Leandro: «Tengo que ver á Roberto; tengo que verle.»

ROB. Pues no me ha visto. Yo sí; desde lejos. Da la casualidad que siempre que llego yo se marcha él.

ROS. ¡Si no sabe usted lo ocupado que está!

ROB. Con la testamentaría de don Lucas, ¿verdad?

ROS. ¿De qué don Lucas? (Fernanda le da un codazo.)

ROB. Del tío de la cuñada.

ROS. ¡Ah! También. Pero, además, mil cosas.

NIC. (Entrando por la derecha.) Doña Mercedes y don Jenaro les esperan á ustedes.

ROS. Con su permiso de usted, Roberto. Tanto gusto en verle.

FERN. Adiós, Roberto. Que se le vea á usted.

ROB. ¡Señoras!...

ROS. (A Fernanda, en voz baja.) (Está muy pálido: le ha hecho impresión.)

FERN. (Y le brillan mucho los ojos: ojos de loco. Sí, sí; le ha hecho impresión.)

ROS. ¡Adiós!

FERN. ¡Adiós! (Salen doña Rosario y Fernanda por la derecha.)

ESCENA V

ROBERTO; luego GREGORIO; después DON LEANDRO y DON MARCOS

ROB. Voy sintiendo cansancio. Se lucha contra una fuerza que se nos opone y que nos amenaza. No contra una fuerza que se retira de nosotros, y que huye, y que nos deja en el vacío. ¡Bah! Buen necio soy al preocuparme de estas cosas. (Pausa.) ¡Pero ella... ella!... ¡Ni una palabra, ni una carta, ni un consuelo! Cuatro días... y nada. En aquel arranque generoso agotó cuanto le quedaba de amor. No lo pensaba yo; no lo creía... Esperaba... esperaba... Eugenia... Eugenia... (Deja caer la cara entre las manos.)

GREG. Don Leandro y don Marcos desean hablar con usted.

ROB. ¡Ellos!... ¿Para qué?

GREG. No lo han dicho.

ROB. Bueno, que pasen. (Sale por el fondo Gregorio.) ¿A qué vendran? ¿Qué importa? Me servirán de distracción. Casi me ha entretenido la conversación de Rosario y Fernanda. Echar sondas en el egoismo humano, divierte. Tropecé con la roca, tropecé con el hielo, tropecé con el cieno. Ya está el fondo al descubierto. ¡Qué asco!

LEAN. ¡Señor de Pedrosa!...

MARCOS ¡Señor de Pedrosa!... (Entran solemnes y tristes, como los amigos cuando van á dar una mala noticia.)

ROB. Señores míos...

LEAN. Deseábamos hablar con usted brevemente. Digo, si no le causamos molestia.

ROB. De ningún modo. Siéntense ustedes. (Don Leandro y don Marcos se miran y se invitan á hablar. No quiere empezar ninguno.)

LEAN. Puede usted empezar, amigo don Marcos.

MARCOS ¡Por Dios, empiece usted, amigo don Leandro!

LEAN. De ningún modo. Su misión de usted reviste más importancia y entraña más gravedad que la mía.

ROB. ¿Una cuestión importante y gravísima? Pues no adivino...

MARCOS Verdaderamente es un asunto muy desagradable. Yo quise excusarme, pero se empeñaron los amigos... ¿Comprende usted?

ROB. No, señor. Si usted no se explica...

MARCOS Ya me explicaré. Pero es difícil, ¿verdad?. (A don Leandro.)

LEAN. Muy difícil.

MARCOS Es una comisión muy molesta, amigo Pedrosa.

ROB. Pues hable usted sin reparo.

MARCOS Usted, con su deferencia de siempre, me allana el camino.—Usted fué nuestro jefe, nuestro *leader*, ¿quién podía disputarle á usted el puesto? Usted nos había dado un programa. ¡Ah! ¡Su programa de usted era admirable!... Su programa de usted será el nuestro; pero...

ROB. Pero el jefe no puede continuar siendo jefe, ¿no es esto?

MARCOS En realidad, siempre lo será usted. Pero las circunstancias se imponen, señor de Pedrosa.

ROB. Sí, es muy justo y muy natural. Yo me di por destituído hace días.

MARCOS Es que... no es eso solo.

ROB. ¿Hay más?

MARCOS Hay... Pues hay... La consecuencia de esto. Consecuencia dolorosísima para todos nosotros, créame usted. Los amigos esperan de usted otro sacrificio más.

ROB. Pero si yo me anulé, si me destituí, si me doy por muerto, ¿qué más quieren?

MARCOS Continúa usted siendo diputado. Es decir, compañero nuestro.

ROB. ¡Ah! ¿De modo que lo que ustedes desean es que presente mi dimisión del cargo de diputado?

MARCOS Poco á poco, que no es una imposición. Es un consejo, es apelar á su caballerosidad de usted. Es que la situación de todos, de usted y nuestra, es dificilísima. Lo cierto es, que cuando usted se presentó diputado...

ROB. Me presenté con mi nombre, bueno ó malo, y en posesión de mis derechos civiles y políticos; á nadie engañé.

MARCOS Sí, pero el cuerpo electoral ignoraba...

ROB. Basta; no se moleste. ¡Que sus amigos de usted redacten mi dimisión de diputado como gusten, y yo la firmaré!

MARCOS Siempre se distinguió usted por su delicadeza y por su buen sentido.

LEAN. Perfectamente, señor de Pedrosa.

ROB. Hemos concluído.

LEAN. Perdone usted. Yo también tenía que decir algo. Cosa sin importancia. Es una indicación de los amigos del Club.

ROB. No se canse usted más. Presentaré mi dimisión de presidente y presentaré mi dimisión de socio. ¿Es bastante?

LEAN. Nunca hubiéramos pretendido...

ROB. Asunto terminado á satisfacción de todos.

MARCOS Mil gracias, señor de Pedrosa.

LEAN. Mil gracias. Y con su permiso vamos á saludar á doña Mercedes.

ROB. Siempre á sus órdenes. Señores... (Vase Roberto por la izquierda.)

ESCENA VI

DON LEANDRO y DON MARCOS; después MAURICIO y GREGORIO.

MARCOS ¿En qué piensa usted?

LEAN. En que si ese hombre lograra rehabilitarse, nos habíamos ganado un amigo.

MAUR. (A Gregorio, que entra con él.) Diga usted al señor de Pedrosa que deseo hablarle. (Pasa, y Gregorio vase por la izquierda.) ¡Señores!...

LEAN. Señor Vizconde...

MARCOS Señor Vizconde...

GREG. (Al salir.) (Van volviendo las visitas. ¿Por qué será?)

LEAN. (A don Marcos.) (¿Viene á ver á Roberto? ¿Por qué será?)

MARCOS (Es una visita muy extraña.)

LEAN. (En voz alta á Mauricio.) ¿Conque viene usted á visitar al amigo Pedrosa?

MAUR. Sí, señor. ¿Ustedes vendrán á visitar á doña Mercedes y á don Jenaro?

LEAN. También, también hemos hablado con Roberto. Nosotros no podemos olvidar... ¿Comprende usted?.. Nosotros no somos de los que se encarnizan con el vencido. ¿Se hace usted cargo?

MAUR. Sí me hago cargo.

MARCOS De una amistad como la que le profesábamos, siempre queda algo. Respetamos los fallos sociales... pero en la esfera privada, es otra cosa.

LEAN. En la esfera privada... somos siempre de los leales. Puede usted decírselo.

MAUR. ¿Yo? ¿Para qué?

MARCOS ¿Pero usted cree por completo en esa historia desdichada? ¿Sabe usted algo?

MAUR. Lo que saben ustedes. Lo que sabe todo el mundo.

LEAN. ¿Pero usted cree?...

MAUR. En muy pocas cosas. Creo en los artículos de la fe, en la honra de mi familia, en la virtud de la mujer á quien amo y en nada más. ¡Ah, sí! Creo en el egoísmo de la raza de Adán.

LEAN. (Riendo.) ¡Este Vizconde!...

MARCOS (A don Leandro, en voz baja.) (A éste no le sonsaca usted.)

LEAN. (Esta visita del Vizconde, me *intriga.)*

MARCOS (Y á mí también.)

GREG. (Por la izquierda y á Mauricio.) En seguida viene el señor.

LEAN. (Despidiéndose.) Señor Vizconde...

MARCOS Hasta luego.

MAUR. Luego pasaré.

ESCENA VII

MAURICIO y ROBERTO

MAUR. El egoísmo viste todos los trajes: desde el manto imperial á la blusa. Estos dos son el egoísmo de la levita.

ROB. (Viene por la izquierda.) Señor Vizconde...

MAUR. Señor de Pedrosa...

ROB. ¿Deseaba usted hablarme?

MAUR. Brevemente.

ROB. Todo el tiempo que usted guste. (Le invita á sentarse.)

MAUR. Mil gracias.

ROB. Estoy á sus órdenes.

MAUR. Mi familia quiso que siguiese la carrera diplomática, pero no servía, y la dejé.

ROB. Le agradezco la confidencia.

MAUR. Quise decir, que soy excesivamente franco. No sirvo para los movimientos envolventes: voy en línea recta.

ROB. Ya lo he conocido.

MAUR. Y lo va usted á conocer más. Señor de Pedrosa, desde que las circunstancias han hecho que no pueda usted ser mi rival, siento por usted una gran simpatía.

ROB. Agradecidísimo, señor Vizconde.

MAUR. Como lo digo, y vengo á probarlo. Sé que ha tenido usted un choque con Vegafranca; sé que busca usted padrinos y que no los encuentra. Vengo, pues, á ofrecerme á usted, y si usted se digna aceptarme, del compañero yo me encargo.

ROB. Señor Vizconde, es una lástima que seamos rivales.

MAUR. Es que ya no lo somos. En eso sí que no transijo.

ROB. En la intención, siempre. En la realidad, imposible: ya lo sé.

MAUR. A la *bonne heure*. Así habla un hombre digno.

ROB. ¿Todavía cree usted que soy un hombre digno?

MAUR. Si yo no lo creyese, no me ofrecería á usted.

ROB. Gracias, señor Vizconde. ¿De modo que usted cree que el tiempo, la voluntad, el trabajo y la honradez, han borrado mi falta... mi delito?

MAUR. No: yo no creo nada de eso.

ROB. Señor Vizconde...

MAUR. Cada uno tiene sus creencias. Lo que yo creo es que si usted, á los veintiún años hubiese hecho lo que usted afirma que hizo, seguiría usted siendo hasta la consumación de los siglos un granuja. En cuyo caso, no me acercaría á usted.

ROB. Usted no tiene derecho para dudar de mi palabra.

MAUR. O hizo usted lo que afirma ó no lo hizo. Si lo primero, su palabra de usted vale poco. Si lo segundo, afirma usted lo que no es cierto.

ROB. Pero, ¿á qué fin empeñarme en que estoy deshonrado, no estándolo?

MAUR. No lo sé ni me interesa. Será locura, será misterio... Yo, de todas maneras, le agradezco muchísimo que me desembarace usted el terreno.

ROB. Señor Vizconde... yo le aseguro á usted... yo le afirmo... yo juraría á ser preciso...

MAUR. No disputemos No tengo afán ninguno por demostrarle á usted que es honrado.

ROB. ¡Lo soy! (Con violencia.) ¡No lo fuí! (Conteniéndose.)

MAUR. Convencido: fué usted un tunante.

ROB. ¡Miente usted!

MAUR. ¿En qué quedamos? ¿Cuándo miento?

ROB. Perdone usted. Todo vendrá á parar en que estoy loco.

MAUR. Sería una solución muy satisfactoria para todos. En suma, ¿acepta usted mi ofrecimiento?

ROB. ¿No se arrepiente usted?

MAUR. No señor.

ROB. Pues acepto.

MAUR. Pues voy á buscar al otro padrino. Pero antes voy á saludar á don Jenaro.

ROB. Señor Vizconde, si no le odiase á usted tan-

to, lo querría á usted mucho. A fe que sería su amigo de corazón.

MAUR. Como yo no tengo necesidad de odiarle á usted, me complazco en ser su amigo. Antes, mi admiración y mi odio. Ahora, mi simpatía y mi respeto.

ROB. Gracias, Mauricio. ¿Quiere usted darme un abrazo? ¿Ya, qué importa? Primero y último.

MAUR. Primero... y no sabemos si será el último. (Se abrazan.)

ROB. ¡Adiós!

MAUR. ¡Adiós!

ROB. (¡Gran corazón!)

MAUR. (¡Demonio de hombre!) (Sale por la derecha.)

ESCENA VIII

ROBERTO; GREGORIO, con una bandeja en que hay varias cartas

ROB. ¡El debía odiarme... y me tiende su mano! ¡Ella debía amarme... y huye de mí! ¡Cómo me pesa la vida!

GREG. ¡Señor!...

ROB. ¿Han traído cartas?

GREG. Todas estas. (Dejándolas sobre la mesa.) Algunas vinieron esta mañana.

ROB. Retírese usted. (Sale Gregorio. Pausa. ¡Cuántas visitas he tenido, y cuántas cartas me traen! (Mirando la bandeja y riendo.) Ya vuelven á interesarse por mí. La marea que sube: la marea que viene otra vez á la playa y la cubre. Pero no viene con todas sus olas: falta una: la de espuma más irisada: la única en que se bañaba gozosa mi alma: la única que no era amarga... ¡Eugenia! ¡Eugenia!... ¡Todos vienen... ó piadosos ó crueles, pero vienen! ¡Y ella!... ¡nada!... ¡El silencio, el desdén, el olvido! ¡Ella ni tiene corazón, ni sabe querer! ¡Ah, la tornadiza, la ingrata, la infame! ¿A que no hay ni una carta suya? ¿A que no? A ver, á ver... (Abre una carta.) Retirándome la defensa de un pleito; adelante. (Abre otra carta.) Este es

un amigo anónimo que me manda todos los recortes de los periódicos que me insultan. ¡Qué almas tan grandes hay en el mundo! Yo no sé cómo no revientan las esferas. Venga más miseria. (Abre otra carta.) También un anónimo: éste me insulta por su cuenta. ¡Y con cuánto valor! ¡Pues ella ni para insultarme me escribirá! (Revolviendo con ira las cartas cerradas.) Nada... nada... ¡Ah! Esta... sí... ella... ella... ¡Al fin! (La coge, la besa y cae sin aliento, apretándola con delicia.) ¡Eugenia!... ¡Mi Eugenia!... (Abre y lee.) «Roberto, te quiero siempre; estoy enferma; me vigilan mucho, sufro mucho, no espero más. Esta noche, con una criada de confianza iré á verte. ¡Iré, iré aunque tenga que escaparme! Voy á volverme loca. ¿Qué pensarás de mí?... ¿Que te olvido?... ¡No, eso no! Estoy todavía en la cama; escribo con lápiz y á escondidas, bajo la sábana. ¡Quiéreme!... No sufras... no dudes... ¡Creo que vienen!... ¡Adiós!... Esta noche espérame... espérame, por Dios.—Eugenia.» ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Qué hora es?... Es tarde. ¡No viene!... ¡Ah, si, sí!... ¡Ella! ¡Eugenia!

ESCENA IX

ROBERTO y EUGENIA

EUG. ¡Roberto! (Se abrazan. Eugenia viene febril, delirante, medio loca, pero sin estar loca; la actriz interpretará como crea oportuno ésta especie de delirio, que no es delirio.)

ROB. ¡Mi Eugenia, que no me olvida, que no me desprecia, que me quiere!

EUG. ¡Sí, mucho, mucho! Está mal que lo diga, ¿verdad? Pero si he venido á decirlo, claro, tengo que decirlo. Sin poder verte en tanto tiempo, sin poder escribirte, ¡qué angustia! ¡qué tortura! Mi padre y mis parientes y todos alrededor de mi cama, y yo escondiendo la cabeza y tapándome la boca para ahogar el llanto. «¿Qué pensará Roberto?

¿Qué pensará? ¡Ea, ya me olvidó aquella chiquilla! ¡Mucho me quería! ¡Es como todos!» No: no soy como todos: sé querer, Roberto: sé volverme loca: sé morirme.

ROB. ¡Eugenia!... ¡Sigue, sigue!

EUG. Pero, ¿qué más quieres que diga? ¡Qué desesperación! ¡Haber pensado tantas cosas... no acordarme! ¡Es que mi cabeza no está segura! ¡Veo unas cosas tan extrañas! ¡Allá, en mi casa, alrededor de mi frente, veía un círculo negro, muy negro, así como un anillo muy grande! ¡El anillo de mis desposorios con la muerte! ¡Y aquí, á tu lado, el anillo se ha puesto rojo: es anillo de fuego, el anillo de mis desposorios con Roberto! ¿Será la fiebre? A ver, á ver si tengo fiebre. (Le da la mano.)

ROB. Sí; tu mano abrasa.

EUG. ¿Verdad que sí? ¡Tengo fiebre! Pues por ti es.

ROB. ¡No me canso de oirte! ¡Tenía mucha sed, déjame que beba! ¡Sigue... sigue!...

EUG. ¿Más todavía? Demasiado dije: ¡si me oyese mi padre! (Se aleja de Roberto.) No, yo no soy buena. Me olvido de mi padre por ti, y le desobedezco. ¡No te asustes, si no me arrepiento; si seguiré desobedeciéndole y queriéndote! Pero una cosa es que le desobedezca, y otra que conozca que me porto mal. Lo dicen todos, y tienen razón. Y yo, nada... adelante... sólo una idea, una idea fija: «¡Roberto!» Como si el cielo no tuviese más que una estrella y me fuese hacia su luz en derechura, sin mirar nada, sin pensar en nada, sin ver dónde piso, sin ver con qué tropiezo... allí... allí está Roberto... el de la afrenta... el del martirio... el del dolor... ¡el que yo quiero más que á nada en este mundo! Mi Roberto. (Empieza á decir esto desde lejos, y se va acercando, como atraída, y cae en sus brazos.)

ROB. ¡Bendita mi afrenta! ¡Bendito mi martirio!

EUG. ¡Ah! ¿Te he dicho que estuve muy mala? Estuve muy mala y soy muy mala: los dos somos malos. Dice mi padre, que quedaré deshonrada, como tú. ¡Qué dicha y que orgullo! ¡Iremos juntos á todas partes: que nos

vean deshonrados por igual! Aunque seamos malos, como nos queremos mucho, ya no seremos tan malos, y hasta podremos ser muy buenos, sólo por esto; por querernos. ¡Si en vez de un infierno, hubiera dos infiernos, y se amasen muchísimo, formarían un cielo! ¡Lo malo es que no hay más que uno, y no tiene á quién querer: por eso se llama el infierno: porque es uno solo!

ROB. Sí, los dos solos, solos con nuestro amor.

EUG. Por eso he venido, para no estar sola. En aquella casa no sentía más que ira, odio, malas pasiones. Todos hablaban mal de Roberto: ¡hasta mi padre! Y cuando le oía afrentarte, sentía una amargura y un desconsuelo! como si le quisiese menos á mi pobre padre, no sé, no sé lo que digo, ¿no te lo había contado? El médico dijo que estaba mejor: no era verdad; tenía más fiebre que nunca, y sufría más que nunca; pero le creyeron, y yo aseguré que estaba mejor, y que quería descansar. Conque se fueron al gabinete y cerraron las puertas de cristal de mi alcoba.

ROB. ¿Quiénes?

EUG. Mi padre y una cáfila de parientes; los que trastornan á mi pobre padre. Hablaban muy bajo; pero llegaba á mí tu nombre entre un murmullo de voces agrias, burlonas, secas, con chirridos de lima y sacudida de dentellada. No pude sufrir más: me levanté desnuda, y de puntillas me acerqué á los cristales y me pegué á ellos. Su frialdad me templaba la fiebre, pero me latía tanto el corazón, y me temblaba tanto el cuerpo, que tuve que separarme para no romperlos.

ROB. ¡Eugenia! ¡Mi pobre Eugenia! ¡Todo eso has sufrido por mí! ¡Todo eso! Pues, ¿qué deberé hacer yo por tí? ¡Pídeme la vida, el alma, la honra! ¡Pide, pide, todo es tuyo!

EUG. ¡Cállate, cállate... déjame contarte... ¡Qué necio es todo el mundo! ¡Hablan de lo que se sufre sujeto á la picota ó amarrado al potro! Donde se sufre es allí... allí... cuando un cuerpo desnudo y calenturiento está pe-

gado á unos cristales fríos, y al otro lado hay mucha gente, que desprecia y escarnece al hombre á quien se adora y se admira. ¡Ah! Entonces los cristales vibran como una campana maldita, y su frío, es frío de muerte, y al ver por su transparencia, y por entre las cortinas la cara del que es nuestro padre del alma, hay que cerrar los ojos con los puños para no verle. ¡Para no verle, cuando era lo primero que buscaba yo mientras fuí niña, al abrir los ojos todas las mañanas! (Se echa á llorar.)

ROB. ¡Eugenia! ¡Eugenia! ¡Mucho me quieres! ¡Mucho sufriste! ¡Mereces mucho!

EUG. ¡Sí, sí... allí... temblando... delirante... desesperada... juré venir á suplicarte de rodillas que fueses mío! ¿Tu afrenta? ¡Pues tu afrenta! ¿Tu mancha? ¡Pues tu mancha! ¿Tu deshonra? ¡Pues tu deshonra! Para decir á todos aquellos: «¡Todo eso que decís, ya es mío, ya es mío! ¡Y ahora, repetidlo, repetidlo, que quiero saborearlo! ¡Que quiero ser infame como él, y despreciable como él, y si vosotros sois buenos y honrados, ni quiero ser buena ni quiero ser honrada!»

ROB. ¡Eugenia de mi alma! Bendita fiebre.

EUG. ¡La fiebre!... Yo creo que todavía me dura. ¡El corazón me salta, y por todo el cuerpo mucho calor y mucho frío! ¡Y por la frente me pasan así como llamaradas! Tu pobre Eugenia no puede hacer por ti más que morirse por ti, Roberto.

ROB. ¡Y yo voy á hacer por mi Eugenia lo que juré no hacer nunca! Te voy á decir la verdad. Pero á ti sola. ¡Si alguna vez lo dices, me matas! Eugenia, he mentido. He mentido por salvar la honra de mi padre. Es una historia muy triste. Escucha.

EUG. Si te da pena no me digas nada.

ROB. ¡Sí .. oye... pero ven junto á mí! ¡Muy junto á mí! Que no parezca que se lo digo á otra persona... sino á mí mismo. ¿Tú sabes cómo quieren los padres?

EUG. ¡Mucho, mucho nos quieren!

ROB. ¡Mi padre me quería con delirio, con locura,

una ternura infinita, un alma que se deshace en amor! Eramos los dos solos, tenía yo más de veinte años, y me miraba como si todavía fuese un niño. ¡Si estaba yo pálido, si estaba ronco, si estaba triste! Todas las mañanas me daba un beso, y por las noches otro beso:—«Como no tiene madre, es preciso», decía él.

EUG. Como á mí.

ROB. Siempre estaba pensando el pobre que su Roberto se le podía morir. Oye. Estalló la guerra, pidieron hombres, estaba concluyendo el plazo de redención, y mi padre era pobre, modesto cajero de una sociedad, y mi padre no tenía parientes ni amigos á quienes pedir los diez mil reales... y don Jenaro estaba en América.

EUG. ¿Y qué más?

ROB. ¡Qué noche debió pasar mi pobre padre! ¡Qué pálido al levantarse! ¡Qué sonrisas fingidas! ¡Qué alegría postiza! ¡Qué lágrimas enjugadas al volver la cabeza! ¡Cuántas veces en sus sueños febriles, debió verme en el campo de batalla muerto, ó en el hospital de sangre herido! La carne de su carne convertida en carne de cañón; la sangre de su sangre, que él hubiera restañado á besos, goteando por entre los sarmientos de una fagina en la trinchera.

EUG. ¡Roberto!

ROB. Vendió cuanto pudo vender: pidió, cuanto quisieron darle: no bastaba: el resto, lo tomó de la caja: robó por mí. (Al oído.)

EUG. ¡Lo mismo hubiera hecho yo!

ROB. ¿Verdad que sí? Pero vino un arqueo extraordinario: faltaba dinero, cuatro ó cinco mil reales... ¡Eran cuarenta años de honra inmaculada! ¡Una ola de sangre debió subirle al cerebro! Huyó á su cuarto, y se partió el cráneo de un balazo. Acudieron todos... Acudí yo... Adiviné lo que había hecho, y me abracé desesperado y gritando.—«¡Padre! ¡Padre! ¡Por mí! ¡Por mí ha sido! ¡Por mí!» ¡Qué penetración tiene el género humano! ¡Pensaron que yo era el ladrón, y que aquel

grito era un grito de remordimiento! ¡Ah! ¡Con qué horrible placer me declaré culpable! ¡Dió su honra y su vida por mí! Yo no podía darle más que mi honra... ¡Ya la tenía! Y se la seguiré dando perpetuamente.

EUG. ¡Y yo contigo!... ¡Si tú eres así!... ¡Si era preciso!... ¡Qué alegría! ¡Mi Roberto!... ¡El héroe!... ¡El mártir!... ¡El Dios!... ¡Roberto!

ROB. ¡Tengo aquí la carta que me escribió la noche antes!... tú la verás... tú sola... y don Jenaro tiene otras pruebas... tú las verás también... pero no digas nada.

EUG. ¡Nada! ¿Para qué? ¡Nosotros solos lo sabremos! ¡Y cómo nos hemos de reir de los miserables que nos afrentan! ¡Y como Dios también lo sabe, nos reiremos los tres! ¡Qué alegre debe ser reirse, en compañía de Dios, de los demás hombres! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué dicha!

ROB. Sí: los dos: los dos.

ESCENA X

DICHOS Y DON JUAN

JUAN ¡No: faltaba yo! ¡Los tres!

EUG. (Corriendo á él.) ¡Padre!... ¡Padre!...

ROB. ¡Don Juan!

JUAN ¡Basta! ¡Fuera! ¡Lejos! ¡Que no le vea á usted! ¡Tú, con tu padre!

EUG. Sí: contigo. ¡Pero con él también!

JUAN ¡Eugenia!

EUG. ¡Mátame si quieres, pero con él también!

JUAN ¡Hija!

EUG. ¡Pobre padre mío!... ¡Que no sabe nada, y se enoja! ¿Pero ves tú, Roberto?... ¡Padre, qué feliz soy! ¡Qué feliz! ¡Ni los ángeles!

ROB. ¡Eugenia; silencio, por Dios! ¡Me va la vida!

EUG. ¡Tu vida soy soy! (Á su padre.) ¡Cómo has de quererle!... ¡Más que á mí!... ¡Más que á mí! ¡Cuando le quieras más! ¡qué alegría! ¡Ja, ja, ja! ¡Padre!

ESCENA XI

ROBERTO

¿Qué siento? No lo sé: una dicha inmensa y una angustia indecible. Como si hubiese conseguido algo muy grande, á precio de algo muy infame. Como si hubiese ganado el cielo, vendiéndome al infierno. Me quiere Eugenia como nunca soñé que pudiera quererme Y por ella acabo de hacer lo que no quise hacer nunca. Por ganar á Eugenia, he vendido á mi padre: esta idea es un garfio que se me agarra al cerebro... y que de él me tira. Y ha sido una traición inútil, contra el pobre que murió por mí: inútil, porque ya Eugenia era mía antes de saber la verdad. ¿Qué necesidad tenía yo de decirla? Pero es que mi gratitud era inmensa, y esa niña lo merecía todo. Darme ella su alma, y regatearle yo la mía. ¡qué ceguedad de corazón, y qué egoísmo! ¡No podía ser! ¡Hice bien, hice bien! ¡Eugenia! ¡Pero la calentura la devora, su voluntad no es suya, la hostiga su padre, querrá defenderme!... ¡No hay secreto seguro en pecho de mujer, aunque esa mujer sea un ángel! ¡Qué hice yo, padre mío! ¡Padre mío! ¡Qué bajeza y qué egoísmo! ¡Cuando tú llevas bajo tierra eterna corona de espinas por mí, yo con tus pobres cenizas refregándome la frente para limpiármela! ¡Ah, ruindad humana! ¡Ni te muerde el dolor, ni te enrojece la vergüenza, ni te retuerce el remordimiento! ¡Eres pequeña como la nada: eres grande, como la inmensidad! (Cae en una silla junto á la mesa, y se oprime la cabeza entre las manos. Se oye hablar dentro con animación.) ¿Qué es aquello? ¿Qué es aquello? ¡Se me hiela la sangre!

ESCENA XII

ROBERTO, DON JENARO, viene alborozado y conmovido, y le tiende los brazos. Van entrando según se indican, DON LEANDRO, DON MARCOS, FERNANDA, DOÑA ROSARIO y MAURICIO

JEN. ¡Hijo mío!... ¡Mi Roberto!... ¡Al fin! ¡Al fin!... (Abrazándole.)

ROB. (Rechazándole.) ¿Qué dice usté? ¿Por qué me da usted los brazos? ¿De qué hablan allá dentro?

JEN. Que serás feliz, hijo mío, que serás feliz.

ROB. (Rechazándole y retrocediendo.) ¿Por qué?... ¡Si yo no quiero ser feliz! ¡Si no quiero!

LEAN. (Que entra con don Marcos.) ¡Sublime, sublime, Roberto! Severamente hermoso y hermosamente heróico... (Cogiéndole las manos.)

MARCOS ¡Lo sospechábamos! ¡Lo sospechábamos! (Quiere abrazarle con efusión.)

ROB. ¿Qué es lo que sospechaban ustedes? ¿Por qué soy sublime? (Con desesperación. Retrocede. Todos le siguen.)

JEN. Porque lo eres, hijo mío.

LEAN. ¿Pregunta por qué?

MARCOS ¡Qué alma! ¡Qué hombre!

ROB. ¡Si yo pudiera huir de mí mismo!...

FERN. ¡Las manos!... ¡No, los brazos!

ROS. ¿Y no hay un abrazo para mí?

ROB. ¡Ah, la marea que vuelve! ¡Qué grande vuelve! Esta vez sí que me anega.

MARCOS ¡Sensación inmensa! ¡Rehabilitación sublime!... ¡Adiós! ¡Qué hombre! (Sale por el fondo.)

ROB. ¿A dónde vas? ¿Para qué?

LEAN. ¿A dónde voy yo?... ¡Adónde vamos todos!... ¡A proclamar su triunfo de usted! Adiós, Roberto. ¡Qué alma! ¡Qué alma tan grande! (Sale por el fondo.)

ROB. Pero, ¿qué es esto?... ¿Qué dicen estas gentes?... ¿Qué torbellino me envuelve? ¡Don Jenaro!

JEN. Basta de martirio, hijo mío.

ROB. Pero, ¿á qué han ido... á qué?... ¡Quiero saberlo!

JEN. A escribir un artículo, que saldrá mañana, relatando la historia admirable de tu sacrificio... ¡Sí, hijo, sí!

ROB. ¡Ay, ya lo sabrá todo el mundo!

FERN. ¡Madrid entero!

ROS. ¡España entera!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EUGENIA Y DON JUAN

JUAN ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

ROB. ¿También usted?

EUG. ¡Sí! ¡Te quiere. . te admira!

JEN. ¡Como todos! ¡Como todos!

ROB. ¡No hay más! ¡Y de la honra de mi padre y de sus pobres huesos habré hecho reclamo para mi medro!... ¡Sublime... sublime!... ¡Me proclamo sublime!

EUG. ¡Roberto! ¡Roberto!

ROB. ¡Y tú has sido... tú!

EUG. ¿Hice mal?... Era por ti.

ROB. Te dije que me iba la vida en ello.

EUG. Tu vida está en mi amor.

ROB. ¡No hay amor donde hay infamia!

EUG. ¡Lloraba mi padre!... Quise consolarle...

ROB. También lloró el mío, y no le consoló nadie.

EUG. ¿A dónde vas?

ROB. Adonde me llaman.

EUG. ¿Quién?

ROB. Quien me pide cuentas.

EUG. ¡Roberto! (Dando un grito y precipitándose á él. La contienen.)

ROB. Un beso me debes.

EUG. ¡Roberto! ¡Sujetadle! ¡Sujetadle! (Se desprende y se precipita á él, que la rechaza.)

ROB. ¡Tú, con tu padre; yo con el mío! (Saca rápidamente el revólver y dispara sobre el corazón. Se oyen varios gritos, y se precipitan á socorrerle.)

EUG. ¡Roberto!... ¡Ah, mi Roberto! ¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Apartarse! (Casi delirante.)

JUAN ¡Hija!

EUG. ¡Déjame, padre! ¡A ti te quedo yo! ¡A él no le queda más que el beso que le prometí!... (Cae de rodillas, sobre el cuerpo de Roberto, y lo besa.) ¡Ah, mi Roberto! (Levantándose y cayendo de espaldas, entre los brazos de todos. La recogen sin sentido.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

Precio: DOS pesetas